RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Andino, Mario Daniel

# La cuestión nacional en tiempos de cambio : continuidades y rupturas en un debate complejo (1890-1943)

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

*Cita recomendada:*
*Andino, M. D. (2015). La cuestión nacional en tiempos de cambio : continuidades y rupturas en un debate complejo (1890-1943) (Trabajo Final Integrador). Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/74*

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Andino, Mario Daniel, Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto,
marzo de 2012, pp. 49,
http://ridaa.demo.unq.edu.ar,
Universidad Nacional de Quilmes, Secretaría de Posgrado,
Especialización en Ciencias Sociales y Humanidades.

# La cuestión nacional en tiempos de cambio. Continuidades y rupturas en un debate complejo (1890-1943)

*Trabajo Final Integrador*

**Mario Daniel Andino**

mariodandino@gmail.com

**Resumen**

El presente estudio es un abordaje de revisión de hipótesis, síntesis y comparación de diferentes autores que han abordado las ideas en torno a la cuestión nacional en el período 1890-1943. A partir de este "estado de la cuestión" procuramos establecer ciertos lineamientos que caracterizan la problemática y proponer algunas interpretaciones generales.

El recorrido se inicia con la crisis del paradigma liberal positivista, seguido por el surgimiento de una perspectiva nacionalista tradicionalista en el tiempo del Centenario. Posteriormente, la difusión de ideas autoritarias antimodernas y, finalmente, la multiplicidad de expresiones vinculadas al reformismo yrigoyenista, el fascismo y el catolicismo integral.

Se indaga en las continuidades y rupturas en un proceso donde destaca la preocupación de las elites por consolidar aquello que conciben como la "nación" –valores, instituciones y un orden social- en un tiempo de conflictivas transformaciones. Tránsito en el que surgen planteos cuya singularidad, fruto de cruces y resignificaciones, conduce a no verlos como simples transplantes ideológicos.

**Índice temático**

Introducción
1- Los múltiples alcances de un término
2- Emancipación y modernización liberal
3- Los problemas de una nueva sociedad
4- Fin de siglo y refugio en el pasado
5- El Centenario y la pregunta por la nación
6- Tradicionalismo y autoritarismo
7- Maurrasianos, fascistas y católicos
8- Signos contradictorios de una década crucial
9- ¿Una “nación católica”?
10- Entre la elite y el pueblo
    a) La crítica anti-imperialista
    b) En busca de la emancipación económica
    c) ¿Hacia un nacionalismo popular?
Algunas conclusiones
Bibliografía consultada

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

## Introducción

En la historia de las ideas en Argentina ocupa un lugar trascendente la categoría de “nación”, particularmente enfatizada desde las luchas por la organización constitucional en el siglo XIX. Pensar la sociedad, la cultura, el estado y el mercado en una dimensión nacional fue una tarea constante en los intelectuales fundadores como Sarmiento o Alberdi, que concibieron un proyecto civilizatorio bajo las pautas del liberalismo republicano y del capitalismo en su fase industrial.

No abordaremos centralmente el modelo liberal en su instancia fundacional y expansiva, sino más bien las ideas generadas en torno a la cuestión nacional en el período que le sigue: 1890-1943. Un tiempo que se abre con síntomas de crisis que afectan al orden conservador, evidenciándose problemáticas políticas, sociales y culturales que impactan sobre la elite intelectual. Se suceden la reforma democrática, el impacto de la Primera Guerra Mundial, el agravamiento de la conflictividad social, la crisis de 1930 y el ascenso de los nacionalismos autoritarios. Décadas en las que la deslegitimación del orden liberal y la búsqueda de alternativas en los modos de pensar la nación constituyen lo esencial en el tránsito de ideas.

Asumiendo la imposibilidad de agotar todas las facetas y recorrer todas las voces, el presente estudio se perfila básicamente como un abordaje de revisión de hipótesis, síntesis y comparación de diferentes autores que han abordado parcial o totalmente las ideas en el período. A partir de la reconstrucción de este “estado de la cuestión” procuramos establecer ciertos lineamientos que caracterizan la problemática y proponer algunas interpretaciones generales.

Es necesario dejar en claro la perspectiva general que anima este recorrido. Se reconoce que el proceso ideológico y político seleccionado muestra la crisis del paradigma liberal, dominante en la construcción del estado nacional, y la aparición de concepciones nacionalistas que terminan manifestándose en dos direcciones: un cauce elitista y otro popular. Dicho tránsito es concebido como un proceso complejo en cuanto a la multiplicidad de planteos ideológicos sobre la nación, en el que no pueden desconocerse continuidades y rupturas, evitando caer en interpretaciones simplistas o unilaterales sobre el reemplazo de un paradigma por otro en cada etapa consignada.

Una complejidad que puede observarse en los planteos que vinculan la problemática nacional con la cuestión obrera, en la reivindicación del pasado hispano-criollo desde marcos tan dispares como el cientificismo positivista y el catolicismo neotomista, en la diversidad de expresiones del nacionalismo autoritario, con planteos que van del tradicionalismo antimoderno al de transformación económica y social. Lo dicho supone un uso ampliado del término “nacionalismo”, incluyendo en el mismo toda corriente ideológica que, a partir de la utilización de la categoría “nación”, enmarca su reflexión sobre la

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

sociedad. Vale decir, no reduciendo el término a su empleo exclusivo por parte de las corrientes influenciadas por la derecha europea.

Desde esta perspectiva no restrictiva se trata de reconocer las continuidades y rupturas en un proceso en el cual, más allá de las diferencias entre las distintas corrientes que pensaron lo nacional, sobresale la preocupación de las elites intelectuales y políticas por asegurar la supervivencia de aquello que conciben como la "nación argentina" –sus valores fundantes, sus instituciones, su orden social- en un tiempo de intensos cambios y situaciones conflictivas. Un proceso que también puede interpretarse como una tensión –con momentos de aceptación y otros de ruptura- entre identidad nacional y modernidad.

A los efectos de ordenar nuestra pretensión de síntesis sobre tan prolongado y cambiante período histórico, creemos conveniente diferenciar tres etapas dentro del mismo, asumiendo la cuota de arbitrariedad que supone su delimitación y caracterización. En cada instancia se subraya aquello considerado más significativo, dejando en claro la intención de evitar generalizaciones que ignoren los matices y alternativas planteadas. Hay líneas o matrices de pensamiento que muestran continuidad, otras su reconfiguración o cambio de sentido al recibir nuevas influencias. Aún aquello que se presenta como ruptura respecto de planteos anteriores difícilmente pueda concebirse como un "salto en el vacío" o un giro revolucionario sin retorno; más bien es afectado por retrocesos y reinterpretaciones.

Una primera etapa es pautada desde la preocupación que muestran intelectuales conservadores ante el cosmopolitismo cultural, los valores mercantilistas y la problemática social, vistos como frutos inesperados de la apertura liberal. Partiendo de la coyuntura crítica de 1890, el período incluye los planteos sobre la cuestión nacional durante la celebración del Centenario en 1910, cuyas repercusiones pueden extenderse hasta mediados o fines de la Primera Guerra Mundial. Se perfilan ideas propias de un nacionalismo tradicionalista y espiritualista, que si bien no genera una ruptura drástica con el paradigma liberal y positivista, cuestiona su vigencia irrestricta.

Una segunda etapa puede considerarse iniciada desde 1916 ó 1919, teniendo en cuenta los cambios provocados por el ascenso del primer gobierno democrático, el fin de la "Gran Guerra" y el agravamiento de la conflictividad obrera. Instancia caracterizada simultáneamente por la experiencia política del reformismo yrigoyenista y por la difusión, en sectores de nivel alto y medio, de posiciones autoritarias y elitistas, nutridas en el tradicionalismo antiliberal francés y el catolicismo integral. Esta corriente autodenominada "nacionalista" vislumbra su proyecto en torno al gobierno de facto de 1930.

Una tercera etapa exhibe la contradicción entre el retorno del liberalismo conservador y un nacionalismo con multiplicidad de expresiones: uriburistas frustrados, yrigoyenistas intransigentes, católicos integristas y filofascistas, en el contexto de nuevos planteos: el anti-imperialismo, la soberanía económica y la integración de sectores populares. Un

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

nacionalismo que se afianzará en dos ámbitos: la estructura militar y la eclesiástica, ambas con particular protagonismo en el golpe de 1943.

## 1- Los múltiples alcances de un término

Aludir a la "nación" es, en una primera instancia, reconocer una categoría afianzada en el proceso de la modernidad occidental, entendida como estructura política a través de la constitución de los estados nacionales, o bien como referencia a un grupo con características culturales particulares gestadas en determinado contexto espacio-temporal. En la perspectiva amplia de A. Smith[1] la dimensión nacional es un complejo sistema en el que se reconocen la vivencia de un pueblo en un medio geográfico, la memoria transgeneracional de mitos de origen, una historia singular, una base étnica con cierta homogeneidad, la fuerza de una religión predominante, la vigencia de una lengua, la práctica de costumbres tradicionales y la conformación de un orden político-jurídico. Aspectos que pueden gestarse antes o después de la conformación como unidad política diferenciada, pero que van generando una identificación colectiva predominante.

Tales elementos constitutivos pueden variar en su estructuración, exhibir una dinámica singular o incluso no presentarse en su totalidad. Hay pueblos reunidos desde la homogeneidad étnica y religiosa, otros que concretan su unidad a partir de un proceso político revolucionario. La historia registra casos de secesiones y alianzas, restitución de viejas entidades o desaparición de las mismas, diásporas y encuentros. Dispares procesos que suelen ejemplificarse en la génesis de los estados europeos durante el siglo XV, en las relativamente jóvenes repúblicas de la emancipación hispanoamericana, en la dificultosa emergencia de naciones durante el proceso de descolonización del siglo XX, incluso en el más reciente estallido de culturas nacionales tras el colapso de la Unión Soviética.

J. Baechler reconoce que la nación es la forma asociativa dominante que encuentra su culminación en la modernidad occidental, pero en esta construcción conceptual es preciso diferenciar lo que denomina la *"comunidad substancial"* y la *"comunidad contractual"*[2]. En el primer caso alude a la existencia de lazos históricos, étnicos y culturales que fundamentan la concreción de una nación con anterioridad a su formalización política (en su perspectiva: representado en el proceso europeo occidental), mientras que en el segundo prevalece una voluntad de libre acuerdo entre individuos y grupos diferentes, los que establecen las bases de la nación al concretar la estructura del Estado (ejemplificado en el caso estadounidense).

---

[1] Smith, Anthony. *La identidad nacional,* Madrid, Trama, 1997.
[2] Baechler, J. *La universalidad de la Nación;* en: Gauchet, M., Manent, P. y Rosanvallon, P. (dir.) *Nación y Modernidad,* Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1997.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Más allá de algunos matices, Baechler se aproxima a los planteos sobre la nación que recorren la Europa del siglo XIX, ya que en su distinción hay coincidencias con la diferenciación existente entre la tradición del racionalismo francés y la del idealismo alemán. Resulta ineludible pensar en Ernest Renán, quien en 1887 recupera la problemática de la nacionalidad francesa en su ensayo *"¿Qué es una nación?"*, en el que, si bien refiere a un *"alma"* o *"espíritu"* colectivo forjado en una historia común, abre la cuestión hacia el presente al sostener que existe una especie de *"plebiscito cotidiano"* en el que las voluntades libremente expresadas renuevan el contrato de vivir juntos y de otorgar legitimidad al estado, acordando la convivencia más allá de sus intereses y motivaciones individuales.

C. Floria sintetiza esta perspectiva:

> *"…nacionalidad y ciudadanía tienden a confundirse y el miembro de una nación lo es porque acepta o desea serlo libremente. No se nace francés, se "deviene". No hay fronteras para la nación así concebida: el nacionalismo que sucede a esa concepción es cosmopolita"*[3]

Esta concepción de una nación-contrato o nación-cívica, fruto de la voluntad y la construcción conjunta, de la libertad y la razón del sujeto, se enlaza con la pretensión universalista respecto de la aspiración de los pueblos a la civilización, entendida desde la tradición francesa como una búsqueda racional y secular hacia la *"perfección de la cultura"*, según los términos de Lucien Febvre[4]. Consecuente con ello, todo individuo que adhiera a tales pautas establecidas puede integrarse a la nación, aún proveniente de otros territorios y culturas; espíritu aperturista que puede aplicarse al caso argentino con su proyecto inmigratorio.

En la tradición de la filosofía idealista y del romanticismo alemán, en cambio, la preocupación germana por la dificultosa unidad política nacional encuentra en el precursor Johann Herder una perspectiva distinta sobre la nación, enlazada con la noción de una *"cultura"* preexistente. Una concepción contrapuesta al paradigma francés de civilización, fundada en la crítica al racionalismo universalizante desde un idealismo particularista.

En su ambiciosa obra *"Ideas para una Filosofía de la Historia de la Humanidad",* dada a conocer entre 1784 y 1791, Herder sostiene en tono profético *"…cada pueblo tiene un destino específico que cumplir a través de su propia cultura, puesto que cada cultura expresa a su manera un aspecto de la humanidad. La cultura revela el alma, el genio de un pueblo. La nación cultural precede y llama a la nación política"*[5]

Si en la noción asociativa y contractual del liberalismo francés la identidad nacional se construye desde la estructuración del estado, por ser fruto de un acuerdo entre individuos que debe renovarse constantemente, en la noción naturalista o esencialista ligada al

---

[3] Floria, C. *Pasiones nacionalistas.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
[4] Citado por Picó, J. Cultura y Modernidad. Seducciones y desengaños de la cultura moderna, Madrid, Alianza Editorial, 1999, p.46.
[5] Ibidem, p.50.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

idealismo germano la identidad nacional es previa, al concebirse una esencia colectiva originaria que resulta factor decisivo en la constitución estatal, actuando los valores o el *"ethos"* del pueblo como impulsor de su reunión política[6].

Sin embargo, más allá de esta diferenciación, en el proceso histórico de las distintas experiencias nacionales pueden coexistir elementos de ambas corrientes, como en el caso italiano del siglo XIX, en el que se manifiesta un nacionalismo que reivindica por un lado la importancia del territorio y la historia común, al mismo tiempo que se apuesta a la construcción conjunta en el futuro.

Relacionando estas dos tradiciones sobre la génesis de la nación con el proceso particular de la Argentina, la interpretación mas difundida se aproxima a la versión post-revolucionaria francesa, por prevalecer el voluntarismo y la existencia de un proyecto de nación trazado por los intelectuales y políticos rioplatenses sobre la base del ideario liberal, visible en los hombres de la denominada "Generación del 37" y concretado en la organización constitucional, en el modelo económico aperturista y en la política de fomento inmigratorio. Una construcción nacional abierta a la modernización europea en su fase de expansión industrial.

En el apartado siguiente nos detendremos en las características generales de este proceso, que no puede limitarse en su consideración a la construcción de la nacionalidad argentina, sino comprenderse en el contexto mayor de la emancipación hispanoamericana.

## 2- Emancipación y modernización liberal

El historiador Francois-Xavier Guerra sostiene que el proceso de emancipación hispanoamericana muestra naciones concebidas como proyecto político sin fundamentos culturales diferenciadores respecto de la metrópoli colonial. Antes que movimientos "nacionalistas", en el sentido de comunidades que reclamen desde una especificidad religiosa, lingüística, étnica o cultural, en la independencia predominan grupos con identidades forjadas en el viejo régimen:

> *"Lo único que los diferencia de los europeos que se quedaron del otro lado del Atlántico es el lugar de nacimiento y las identidades regionales en formación… El problema de América Latina no es el de las nacionalidades diferentes que se constituyen en estados sino, más bien, el problema de construir, a partir de una misma "nacionalidad" hispánica, naciones separadas y diferentes"*[7].

---

[6] C. Barbé reconoce la existencia de dos tendencias en la bibliografía sobre lo nacional que se corresponden con estas nociones: una "primordialista" en línea con la preexistencia de la nación (Walter Connor, Adrian Hastings, Anthony Smith, Ricardo Levene); otra "modernista" en sintonía con la noción construccionista (Ernest Gellner, Benedict Anderson, Eric Hobsbawm, José Chiaramonte, T. Halperín Donghi). Cfr. Barbé, C. *Conflictos de identidad y supervivencia de los estados nacionales Italia, España, Francia y Argentina.* Instituto de Relaciones Internacionales, La Plata, UNLP, 2000.

[7] Guerra, F. X., *La Nación en América hispánica. El problema de los orígenes*. En Gauchet, M., Manent, P. y Rosanvallon, P. (dir.), Nación y Modernidad, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997, p.98-99.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Si bien la afirmación puede resultar cuestionable en países con fuerte impronta precolombina en su población, en beneficio de F. Guerra cabe recordar que los movimientos emancipadores fueron impulsados principalmente por grupos criollos de las ciudades, portadores de un mestizaje en diversos grados y críticos de los abusos de la administración metropolitana en manos de "españoles europeos".

T. Halperín Donghi[8] recuerda que, a lo largo de 1810, las juntas que reemplazan a los gobernantes designados por la metrópoli son demostrativas de la supremacía de las elites criollas a través de los cabildos, sea en Caracas, Buenos Aires, Bogotá o Santiago de Chile. En todos los casos se instala un escenario revolucionario muy limitado, con temores frente al cambiante mapa europeo pero también ante las reacciones incontrolables del conjunto social. En este sentido, los movimientos rurales con tendencias de radicalización revolucionaria, incluyendo reclamos respecto de las tierras o distribución regional del poder, son derrotados o resultan efímeros en sus logros. Tal el caso del movimiento liderado por Artigas en la Banda Oriental rioplatense, disgregado por la presión de los portugueses y la oposición de Buenos Aires.

En México los primeros alzamientos revolucionarios de base indígena, conducidos primero por Hidalgo y luego por Morelos, son derrotados, dando lugar al ascenso del oficial criollo Agustín Iturbide y su Plan de Iguala; un pacto que garantiza la independencia pero también la igualdad entre peninsulares y criollos. En el territorio peruano la independencia "inducida" por los ejércitos libertadores de San Martín y Bolívar da lugar a inestables gobiernos en Lima, desde donde se continúa la guerra hasta su culminación en Ayacucho. Un proceso con indígenas, mestizos y mulatos integrando tanto ejércitos revolucionarios como realistas, pero con el control final del poder en manos de las clases propietarias y mercantiles de base blanca y mestiza, con centro en Lima[9].

Siguiendo esta línea interpretativa, en el proceso postcolonial rioplatense puede concebirse a la nación argentina como el fruto de un proyecto político asociativo conducido por elites, antes que como el resultado de una comunidad nacional que, ejerciendo la soberanía popular, logra su reconocimiento estatal. En ello se destaca el aporte inicial de la Generación del 37, el sentido proyectivo y prescriptivo que evidencian el *"Facundo"* (1845) de Domingo F. Sarmiento y las *"Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina"* (1952) de Juan B. Alberdi, así como el discurso fundacional de intelectuales liberales posteriores.

---

[8] Halperin Donghi, T. *Historia Contemporánea de América Latina*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1981, cap.1 y 2.

[9] Abordan estos procesos: Beyhaut, G. y H., *América Latina III: De la independencia a la segunda guerra mundial,* Historia Universal Siglo Veintiuno, Vol. 23, México, Siglo XXI, 1ªed. cast., 1986; Franklin Pease, G. Y. *Breve historia contemporánea del Perú,* México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

El proceso histórico parece abonar la tesis constructiva: primero, la preparación de las condiciones políticas durante las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda con la derrota de las últimas rebeldías federales del interior; luego, el emprendimiento militar contra el aborigen "salvaje" en la frontera sur; posteriormente, la federalización de Buenos Aires, saludada como la victoria sobre la última resistencia provincial; simultáneamente, la sanción de una legislación aperturista en lo económico y social. Desde 1880, con el control oligárquico del poder, se afianza el sueño de la modernización, de la mano de la expansión material y la influencia filosófica del positivismo.

Como recuerda Halperín Donghi[10], lo ambicioso del planteo se revela en el contraste o la imposición sobre un medio adverso, ya que el proyecto se propone edificar una nación sobre lo que se considera un desierto. Es la pretendida *"civilización"* superando la *"barbarie"*, apoyada en la inmigración europea y en la apertura comercial como pensaba Alberdi, pero también en la educación pública alentada por Sarmiento, vista como instrumento para aglutinar a la sociedad bajo una común identidad nacional.

Contribuyendo a la forja de la identidad colectiva, en la narración de una historia nacional se destacan particularmente las grandes obras de Bartolomé Mitre: la *"Historia de Belgrano y de la independencia argentina (1800-1846)"* y la *"Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana"*[11], consideradas esenciales en la instalación del relato de los orígenes que requería la construcción de una nación aún débil en sus componentes simbólicos aglutinantes.

La trascendencia del relato mitrista se fundamenta en su construcción de la épica emancipatoria, resaltando la singularidad argentina y su destino de grandeza, difundiendo el panteón de héroes y la forja del espíritu criollo, incluyendo tanto el rol de las elites urbanas como el de los pueblos federales del interior rural. Obras que exhiben un espíritu liberal y no desdeñan un estilo literario propio del romanticismo, incluyendo figuras prototípicas demostrativas del heroico sacrificio por la nación. Se reconoce así el papel de las clases subalternas, otorgando a la épica libertaria un sustento popular, con espacios para la memoria del valeroso soldado criollo (el sargento Cabral), el esclavo negro luchando por la libertad (el "negro Falucho") o los caudillos federales comprometidos con la aspiración al orden constitucional (el entrerriano Ramírez, el santafesino López).

La continuidad de esta "historia oficial", su profundización documental o la extensión de la investigación hacia nuevas áreas, será conducida en la primera mitad del siglo XX por Emilio Ravignani, desde el Instituto de Investigaciones Históricas, y por Ricardo Levene

[10] Halperín Donghi, T., *"Una nación para el desierto argentino"*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
[11] La obra sobre Belgrano se conoce en su primera versión en 1858, siendo editada en forma definitiva en 1887, mientras que la historia de San Martín es editada entre 1877 y 1888.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

desde la Academia Nacional[12]. El interés por la historia sobre bases científicas, la publicación de textos y la preservación del patrimonio documental se respaldaron con la creación de instituciones académicas y dotación de presupuesto oficial, expresando la importancia que tenía para el estado la consolidación del relato fundacional de la nacionalidad.

Aunque las pioneras obras de Mitre se publicaron en la década del 80, adquirieron real trascendencia mediante su canonización en el sistema educativo en los años próximos a la celebración del Centenario (1910). En esta consagración tuvo mucho que ver la gestión del ministro Ramos Mejía, quien propicia la valoración de lo nacional mediante la difusión de la historia y la geografía argentina, así como a través de actos escolares centrados en la exaltación patriótica de los símbolos; rituales que persisten en la actualidad sin grandes cambios.

Puede resultar oportuna la reflexión de B. Anderson[13] al observar que, a diferencia de las experiencias descolonizadoras en Asia o África, los pueblos en América no *"imaginaron"* su comunidad nacional -entendiendo ello como idea prefigurada y proyecto político- apelando a diferenciarse desde un lenguaje, una etnia o una religión. La lógica indicaba para los hombres del movimiento poscolonial que, si dicho bagaje cultural era compartido con el opresor colonial, negarlo era cuestionar el mismo orden criollo que se estaba construyendo, por lo que, atendiendo a dicho *"parentesco"* con la cultura europea conquistadora, se priorizaron los relatos históricos de la heroica lucha contra la metrópoli.

Más allá de la perspectiva de Anderson es posible observar en el caso argentino que la valoración de la narración histórica resultará trascendente, no sólo para la edificación del proyecto nacionalista liberal sino también para el posterior nacionalismo antiliberal, desde el denominado "revisionismo histórico", corriente reivindicativa de la herencia de la hispanidad y de figuras cuestionadas como J. M. de Rosas.

Volviendo a las bases y concreciones del proyecto liberal argentino, con indudables logros en cuanto a los objetivos trazados, resulta paradójico que, en los momentos de mayor concentración del poder político, de expansión material y crecimiento demográfico, se manifestaron tempranas dudas sobre los logros del presente y el futuro de la nación; incertidumbre evidenciada en las voces de los intelectuales fundadores del proyecto. Resulta oportuno mencionar dos ejemplos.

En 1879 J. B. Alberdi se vio obligado a esclarecer los alcances de su lema *"gobernar es poblar"* al reconocer que incluso la admirada Europa exportaba población no conveniente para estas tierras:

> *"La única inmigración espontánea de que es capaz Sud América, es la de las poblaciones de que no necesita: esas vienen por sí mismas, como la mala hierba.*

[12] Un análisis sobre las obras de Mitre y Levene respecto de la nacionalidad puede encontrarse en: Chami, Pablo. *Nación, identidad e independencia. En mitre, Levene y Chiaramonte,* Buenos Aires, Prometeo, 2008.
[13] Anderson, B., *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires, F. C. E., 1ºed. español, 2000, p. 273.

*De esa población puede estar segura América que la tendrá sin llevarla; pues la civilización europea la expele de su seno como escoria"*

Por consiguiente, concluye, se debe embarcar la emigración rural europea y no la mencionada *"que ni para soldados sirve"*[14].

Similar inquietud domina el ánimo de D. F. Sarmiento, preocupado hacia 1883 por la italianización de la sociedad. Dudando sobre la identidad en formación formula un célebre interrogante: *"¿Somos nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados? ¿sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos?. Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello"*[15]

En línea con esta inquietud, hacia el final del siglo se acrecienta la nostalgia e idealización del patriciado criollo protagonista de la emancipación, como apelación romántica de un pasado heroico y fundador que se ve negado en el presente. Al optimismo del 80, manifestado en los discursos de Julio Roca, en el entusiasmo progresista de hombres como Eduardo Wilde, Paul Groussac o Miguel Cané, destacando la modernización concretada en las instituciones de la nación, en el progreso educativo y en el poblamiento de tierras antes improductivas, le sucede un creciente giro crítico proveniente de algunos de esos mismos intelectuales del liberalismo conservador, observando con preocupación los efectos "no deseados" del progreso, tales como la problemática laboral, la urbanización acelerada, el cosmopolitismo de masas no arraigadas y la irrupción de una moral mercantilista. Una nueva sociedad que asomaba en el horizonte desafiando a quienes se atribuían el rol de artífices de la nación.

## 3- Los problemas de una nueva sociedad

La crisis de 1890 puede interpretarse como una crítica coyuntura que intensifica las preocupaciones en la elite dirigente, al tornarse visibles límites y contradicciones. El optimismo económico se ve golpeado por la conmoción financiera, mientras que el exclusivismo político del Partido Autonomista Nacional es confrontado por una oposición inédita en su poder de convocatoria.

Una creciente demanda democrática es impulsada primero por la efímera Unión Cívica y luego por la intransigencia de la Unión Cívica Radical. Esta tensión atraviesa las dos décadas siguientes, al mismo tiempo que se abren diferencias en el seno del conservadorismo. Una tensión política que dará lugar a la reforma electoral impulsada por el presidente Roque Sáenz Peña en 1912, posibilitando la elección de Hipólito Yrigoyen

[14] Carta de J. B. Alberdi desde París titulada "Gobernar es poblar", incluida junto a otros documentos en una reedición de 1879 de las "Bases". Disponible en: http://www.hacer.org/pdf/Bases.pdf; consulta: enero 2011.

[15] Altamirano, C. y Sarlo, B. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p.163.

cuatro años mas tarde. Un cambio señalado por algunos conservadores como parte del progreso político hacia la "República verdadera", pero simultáneamente celebrado por los radicales como fruto de la lucha frente al "régimen oligárquico".

El otro gran problema es la denominada "cuestión social" o "cuestión obrera", que sigue una dinámica diferente al problema electoral, ya que es previa al surgimiento del radicalismo y se prolonga mucho más allá del ascenso democrático. Ya había anticipado su preocupación M. Cané, como figura académica y miembro de la elite conservadora, advirtiendo sobre la presencia de obreros ganados por ideologías revolucionarias, provenientes en su mayor parte de la inmigración italiana y española. Problemática frente a la cual impulsa personalmente la denominada "Ley de Residencia", sancionada en 1902, que autoriza la expulsión de extranjeros envueltos en disturbios sociales.

La *"cuestión social"* involucraba un debate en torno a múltiples situaciones, tales como las condiciones laborales de trabajadores urbanos y rurales, la legalidad o no de las protestas obreras, la discusión sobre la presencia de extranjeros e ideologías revolucionarias. Pero también, tal como había sido anticipado en Europa por pioneros estudios sociales, abarcaba los problemas de la urbanización, la expansión demográfica, la cuestión sanitaria y la psicología de las masas.

En el país se multiplican ensayos e investigaciones de representantes de la "cultura científica", como la denomina O. Terán[16]. Intelectuales inmersos en los parámetros del paradigma positivista impulsan un reformismo social acotado a los marcos jurídicos e institucionales, procurando recuperar las bases del orden político-social. Una preocupación notoria en J. M. Ramos Mejía, quien en su divulgada obra *"Las multitudes argentinas"* (1899) analiza los efectos negativos de las nuevas muchedumbres urbanas, en las que se ha mezclado el criollo y el inmigrante conformando un proletariado inestable, desarraigado y plural.

Se suman opiniones como las de Carlos O. Bunge, explicando el problema desde la psicología colectiva de las razas atrasadas de Hispanoamérica, observando que, tanto la raíz nativa como la mezcla resultante de sucesivos encuentros de pueblos, han derivado en el amargo fruto de males políticos, sociales y culturales.

No permanece al margen José Ingenieros, haciendo valer su prestigiosa imagen académica, mostrándose preocupado por la suerte de la *"raza argentina".* Enrolado en el evolucionismo spenceriano, comparte las ideas del determinismo biológico sobre el devenir de las sociedades, aunque en su caso se abre a planteos críticos atendiendo a la dimensión económica como factor de evolución social, en coherencia con los planteos del socialismo científico.

[16] Terán, O. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica".* Buenos Aires, F.C.E., 2000.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Desde este marco teórico se produjeron censos, memorias descriptivas de las costumbres, estudios sobre las condiciones de la salud pública y diagnósticos minuciosos sobre las condiciones laborales, como el admirable informe del ingeniero Bialet Massé sobre la situación de los trabajadores en todo el país[17]. Esfuerzos que llevaron al ministro Joaquín V. González, el riojano autor de *"Mis Montañas"* (1895), un intelectual expresivo de las elites del interior integradas al roquismo, a gestar un proyecto de Ley Nacional del Trabajo. En su propuesta, González reconoce la gravedad del problema obrero desde una perspectiva en la que el reformismo social de base científica se alterna con apelaciones de tono historicista y tradicionalista, tales como el elogio a la antigua legislación hispánica de Indias, considerada antecedente valioso por sus pautas reguladoras del trabajo indígena.

En última instancia, las propuestas del reformismo social[18], aunque frustradas en su mayor parte por los intereses de las clases propietarias, como ocurrió con el mencionado proyecto normativo de 1904, eran consideradas por sus impulsores como parte de un progreso necesario que ya se experimentaba en otras naciones avanzadas, entre las que aspiraba incluirse la Argentina, dando respuestas a la creciente complejidad de una trama social complejizada por la expansión demográfica y la cultura cosmopolita.

Aproximándose el fin de siglo parecen proféticas las prevenciones sobre el igualitarismo democrático que formulara Alexis de Tocqueville en su visión de la experiencia estadounidense. Un planteo que mostraba la preocupación por *"la libertad frente al riesgo de la igualdad"*, como lo sintetizara N. Botana[19], al analizar su impacto en la fórmula política alberdiana. Pero esta inquietud en el plano político (que en el país desembocará en la reforma democrática) puede verse también a la luz de una preocupación filosófica sobre el sujeto en general, en cuanto a la incertidumbre que enfrenta la concepción moderna de individuo como sujeto libre y racional.

En un camino más próximo al idealismo que al racionalismo se plantea la comprensión de la crisis del sujeto desde una mayor complejidad, atribuyendo al progreso científico no ya un optimismo esperanzador sino una creciente desconfianza, por contribuir a la ruptura del hombre con su dimensión espiritual y con la naturaleza. Un proceso que, visto desde la estética, se refleja en la pérdida de la armonía y la belleza en la cultura, en afinidad con la concepción griega clásica.

En el mismo sentido crítico, el ascenso de las masas, antes saludado como fruto de la ilustración popular, se trastoca en temor ante una disolución igualitaria urbana, materialista y superficial. Terán refiere acertadamente al *"lamento de Cané"*[20], quien desde su voz

---

[17] El denominado: *Informe sobre el estado de la clase obrera en el interior de la República Argentina*, dado a conocer en 1904.

[18] Temática abordada particularmente por Zimmermann, E. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina. 1890-1916.* Buenos Aires, Ed. Sudamericana / Universidad de San Andrés, 1995.

[19] Botana, N. *El orden conservador,* Buenos Aires, Sudamericana, 1977, cap. II.

[20] Terán, O., Ob. cit., cap.I.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

prestigiosa y en sintonía con el ideario de E. Renan, apela a la conciencia de las nuevas generaciones de la elite denunciando el materialismo mediocre que parece haber ganado la voluntad de las masas, como resultado de un ascenso social de tendencia homogeneizante y despersonalizante. Demostrativo de ello es su discurso de 1901 en defensa de la carrera de Filosofía y Letras, a la que impulsara personalmente en la Universidad de Buenos Aires, reclamando la necesidad de una re-espiritualización de los jóvenes desde un ámbito académico jerarquizado, que permita diferenciarlos de una sociedad con tendencias igualitarias y masificantes.

El reclamo de Cané apunta a conjurar el caos de *"un colectivo social magmático y aluvional"*, según sus términos, ante el que resulta necesario distinguir, por sobre la dirigencia liberal de constructores materiales, a quienes tendrán la alta misión de cultivar los valores espirituales de la nación formándose particularmente en las humanidades. Su mirada es la de un patriciado criollo en retroceso, cercado por masas demandantes y extrañas al suelo patrio, temeroso de la ruptura de toda jerarquía y orden social, idealizando en forma compensatoria los valores de la generación que fue artífice de la emancipación y la organización nacional.

En el mencionado Ramos Mejía, académico y funcionario nutrido de los aportes de la psicología de Gustave Le Bon y Gabriel Tarde, se comparte la noción de un sujeto racional bajo el influjo de la multitud o arrastrado por la masa, perdiendo su individualidad y actuando de modo irracional detrás de ideas disolventes y revolucionarias. Resulta notable su apelación al pasado nacional, encontrando en la figura de Juan Manuel de Rosas un modelo político interesante por su control aristocrático de las masas.

Visiones que muestran la paradoja cultural de una elite que comenzaba a sentir nostalgia por sus ancestros criollos, aunque se encarnen en figuras que habían sido consideradas retrógradas o bárbaras. Si Sarmiento antes reclamaba al fantasma de Facundo la sabiduría para comprender la barbarie, ahora parecía buscarse en ella respuestas ante los enigmas planteados por la modernidad.

## 4- Fin de siglo y refugio en el pasado

Es necesario referir al contexto histórico y al clima de ideas, que parecen presagiar un final de época coincidente con el cambio de siglo.

El capitalismo industrial exhibe, más allá de sus periódicas crisis, una consolidación en su fase de mercado mundial a través de los dominios coloniales, con una incesante innovación tecnológica y tendencia a la concentración de capitales. La contracara de esta expansión la constituye el agravamiento de los conflictos sociales: acontecimientos conmocionantes como los de la Comuna parisina, en 1871, la *"Semana Trágica"* en Cataluña, durante 1909, con obreros movilizados tras ideas anarquistas y socialistas

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

revolucionarias (entonces denominados “maximalistas”). Se suma, con repercusión en toda América, la compleja revolución mexicana de 1910, donde asoma la sublevación de campesinos armados.

Superponiéndose con este conflictivo escenario social, el clima político se verá enrarecido por la creciente disputa entre las potencias industriales por la obtención de nuevos mercados, dando lugar a una carrera armamentista que irónicamente será rotulada como la *“paz armada”*. La tensión desembocará en el estallido de la *“Gran Guerra”*, marco propiciatorio de la revolución bolchevique de 1917, vista como culminación de los alzamientos proletarios en los años anteriores.

La preocupación por las tendencias de una nueva sociedad que parecía escapar al orden y posibilidad de control, condujo a filósofos, literatos, científicos sociales y dirigentes políticos hacia la búsqueda de una perspectiva capaz de devolverles las certezas perdidas. En estas tendencias intelectuales se procuran claves para una comprensión más profunda de lo humano. Se percibe un agotamiento del optimismo y una pérdida de fe en el progreso, valores que caracterizaran al orden burgués. La crítica alcanza a los planteos del positivismo, no en cuanto a su metodología empírica y su pretensión científica, sino particularmente respecto del paradigma evolucionista que lo sustentaba.

El determinismo biologista justificaba el predominio de las razas dinámicas, propias de las sociedades occidentales industrializadas, reconociendo su primacía sobre los pueblos atrasados de Hispanoamérica, África o Asia. Ahora se ponían en duda no sólo los parámetros que explicaban la evolución, sino también los supuestos beneficios del progreso alcanzado por tal influencia dominante.

El positivismo, con su actitud naturalista y antimetafísica, había alcanzado un status de doble sentido: como teoría del saber y doctrina de la ciencia, pero también como intento utópico de reformar la humanidad e incluso de verdadera “religión laica”[21]. Las pautas de una razón científica que reducía al hombre al determinismo biológico no podían explicar las contradicciones que expresaba el agravamiento de la conflictividad social y su irresolución, ni tampoco ofrecerá respuestas al abismo moral abierto desde 1914, con la visión de sociedades avanzadas masacrándose en las trincheras del frente occidental. Imágenes que, lejos estaban, del imaginado progreso humano de la era científica.

Tales contradicciones abonaron, en el terreno filosófico, las reflexiones de Nietzsche, Kierkegaard y Bergson, acotando la exclusividad de la razón para abrir la puerta al impulso vital, la voluntad, el sentimiento trágico o la intuición, vale decir, a una complejidad irreductible para explicar mas acertadamente lo humano y lo social. Desde las propias voces del positivismo fue expresándose una conciencia de los límites del paradigma: Hippolite Taine y Ernest Renán expresan la transición hacia una nueva reflexión sobre la realidad social.

---

[21] Torchia Estrada, J. C. *La filosofía del siglo XX,* Buenos Aires, Atlántida, 1955, p17.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

En Taine, por ejemplo, no hay un abandono de la noción evolucionista de “raza” para caracterizar el estadio de un pueblo, pero se advierte sobre la necesidad de ampliar el conocimiento de lo social más allá del determinismo biológico, valorando el medio geográfico y la historia como dimensiones capaces de forjar el carácter de los pueblos, con influencia visible en las costumbres, las instituciones y el arte. Una perspectiva de pretensión integral, reconociendo la motivación humana no ligada exclusivamente al interés material y utilitario, sino también a la búsqueda de armonía en relación con la naturaleza, a la valoración del arte y de la espiritualidad religiosa en procura de trascendencia.

Como antes consignamos, los miembros de la cultura científica en Argentina se formaron bajo influencias dominantes como las del evolucionismo de H. Spencer y la psicología social de G. Le Bon, dando por sentado que la “raza” o la “constitución mental” de las poblaciones hispanoamericanas estaban signadas por la inferioridad y la falta de dinamismo. C. Bunge, E. Quesada, J. Ramos Mejía y J. Ingenieros se harán cargo, con matices diferentes, de las críticas al positivismo respecto de sus limitaciones. Pero no debe interpretarse en esta corriente renovadora del clima de ideas un drástico abandono de lo anterior, ya que el giro espiritualista no reniega totalmente del método inductivo o del valor de la tarea empírica, así como tampoco de los logros científicos del proceso industrial.

Sin embargo, aún considerando estas continuidades, en las reflexiones de los intelectuales se filtra gradualmente una perspectiva de sesgo tradicionalista, que puede interpretarse como actitud defensiva en un tiempo de incertidumbre. El caso de J. Ingenieros es suficientemente demostrativo, exhibiendo un giro hacia la reflexión moral en su obra más popular: *“El hombre mediocre”* (1913). Preocupado por el riesgo de la masificación democrática, el materialismo y el utilitarismo exacerbados, propone una ética que recupere la aspiración al perfeccionamiento, la individualidad creativa, el idealismo más allá de todo cálculo de beneficios. El intelectual Ingenieros, hijo de la inmigración italiana promovida por el modelo liberal, socialista en su juventud junto a Lugones, convertido en su madurez en expresión culminante del positivismo académico argentino, concluye por expresar en su trayectoria personal la declinación del cientificismo. Sin renegar totalmente de sus postulados se convierte, paradójicamente, en un idealista crítico de los frutos de esa misma cultura científica y en figura inspiradora de la juventud universitaria reformista de 1918.

En un mundo en desorden se trata de desentrañar los fundamentos de la joven nación rioplatense, por lo que la mirada se dirige a un pasado hasta el momento menospreciado por la aspiración a los beneficios de la civilización. Se rescata el horizonte hispano y criollo, aquella identidad cultural forjada durante siglos, macerada en el territorio singular, expresada en la lengua y en las costumbres populares, en la espiritualidad del hombre común, en la dignidad de los humildes del interior profundo. Desde tales cimientos se

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

pretenderá confrontar espiritual e ideológicamente el cosmopolitismo disgregante, particularmente en el campo educativo. Veamos algunos ejemplos.

Marco Avellaneda se aproxima a la visión de Herder, al plantear la necesidad del rescate de la raza, la lengua y la cultura de la nación, difundiéndolas desde los contenidos educativos. En el mismo sentido, historiadores como Juan García y E. Quesada toman distancia de su anterior adhesión al proyecto liberal aperturista; en este último hay una manifiesta adhesión a la necesidad de promover, por ley, el retorno a una lengua castellana libre de los aditamentos vulgarizantes del habla italiana y sus dialectos, vistos como fruto impuro de la inmigración masiva.

Por su parte, J. Ramos Mejía no deja de valorar el aporte inmigratorio pero asigna centralidad al medio argentino –la naturaleza, el criollo- como factores regenerativos del gringo, invirtiendo el sentido de la influencia pensada por Alberdi. Durante su presidencia en el Consejo Nacional de Educación promoverá la educación patriótica sustentada en la enseñanza de la historia, consolidando una *"liturgia pedagógica"* plena de argentinidad que acompañará los actos escolares[22].

En una variante particular, J. V. González, a través de sus artículos en el diario La Nación, bajo el título *"El juicio del siglo"* (1910), propone con amplitud el rescate del pasado nacional incluyendo las raíces indígenas, el aporte hispano y el criollo. Un planteo multicultural que resulta coherente con su anterior defensa de la necesidad de mejora en las condiciones laborales, incluyendo el patronato sobre los indígenas marginados y la superación de los abusos sobre trabajadores criollos en el interior.

La revalorización del horizonte premoderno no encuentra su explicación solamente en la crítica al edificio positivista, sino también en las tensiones sufridas en el propio ámbito hispano e hispanoamericano a partir del denominado *"desastre del 98"*. Con tal rótulo los españoles dan cuenta del final de su ya reducido dominio colonial, al ser fácilmente derrotada su flota en 1898 por el poder militar de los Estados Unidos de América, en un conflicto que culmina con las independencias tuteladas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, puestas inmediatamente bajo el interés económico de los vencedores.

La derrota española desnuda el atraso económico, enciende conflictos internos y desprestigia aún más a la Restauración monárquica peninsular, pero también aviva el fuego de un multifacético movimiento intelectual que despierta admiración. En él se incluyen los críticos de las estructuras políticas y sociales consideradas arcaicas, como los adherentes a la perspectiva antipositivista e idealista del krausismo, con fuerte impacto en la educación, que plantean la necesidad de una "regeneración nacional". Por sobre todo, se destacan las voces de la renovación literaria, con representantes como Pío Baroja, M.

[22] Devoto, F. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia.* Buenos Aires, Siglo Veintiuno Iberoamericana, 1º reimpr. correg., 2006, p.37.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

de Unamuno, F. Villaespesa, R. de Maeztu y Azorín, escritores posteriormente identificados como la “generación del 98”.

Resulta esencial el papel de este último grupo por su repercusión entre los hombres de letras del área hispanoamericana –aunque en algunos casos la influencia fuese en el sentido contrario, como el caso del poeta nicaragüense Rubén Darío-. A uno y otro lado del Atlántico surge una generación que en sus lineamientos principales denota la influencia estética del “modernismo” de influencia francesa, con su valoración del simbolismo, la imagen poética y la expresión de los sentimientos individuales. Estos jóvenes poetas y ensayistas rescatan la tradición cultural hispánica y castellana, algo que puede leerse como contradictorio en un movimiento crítico de la monarquía española y la iglesia católica, pero que encuentra su fundamento en la valoración del sustrato popular de la nacionalidad, manifestado en la expresión de seres anónimos, el peso del paisaje, la historia local o la espiritualidad religiosa desvinculada de la jerarquía eclesiástica.

Políticamente el “desastre del 98” despertó en hispanoamérica identificación con la vieja metrópoli derrotada, sentimiento avivado por el rechazo de los intelectuales ante la demostración de fuerza del imperialismo estadounidense. Un cuestionamiento fundado en el prestigio de la cultura europea y la comunidad del lenguaje castellano, pero también en el rechazo de la nación del norte, vista como insolente expresión del cosmopolitismo mercantilista y de la democracia de masas; realidades cuestionadas por la elite conservadora.

En este contexto, es significativo el aporte del uruguayo José E. Rodó, con notable influencia entre los argentinos a través de su ensayo *“Ariel”* (1900). Su planteo se inscribe en la valoración de la identidad hispanoamericana, en la que procura compatibilizar el sustrato heredado del inicial encuentro hispano-indígena con la posterior apertura liberal y el aporte inmigratorio. El resultado: una síntesis singular que es preciso reconocer.

Pero el ejemplo de Rodó evidencia además una tensión que afectará a los intelectuales en América: entre la descubierta admiración por el pasado hispano-criollo y el modelo liberal de inspiración anglofrancesa, que precisamente se había fundado en la ruptura con dicho pasado para impulsar la “civilización” en las nuevas naciones.

## 5- El Centenario y la pregunta por la nación

Si el fin de siglo instaló la pérdida de certezas en torno al edificio ideológico liberal positivista, abriendo paso al idealismo y tradicionalismo, al aproximarse el Centenario de la Revolución de Mayo la reflexión sobre la sociedad se formulará en clave de “cuestión nacional”. Sobresalen las voces de Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, hombres provenientes del interior del país que, con diverso grado de reconocimiento,

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

formulan la pregunta sobre la singularidad cultural de los argentinos, en un momento donde el ambiente político y social parece particularmente receptivo de tales reflexiones.

Desde el punto de vista político, la referencia a los hombres del interior no resulta novedosa si se considera que la estructura de poder incluyó los acuerdos entre las clases propietarias que controlaban las provincias. No fue un poder exclusivamente porteño el que terminó por estructurar el estado nacional, sino una verdadera alianza de grandes familias que aseguraban el control de cada distrito electoral, por lo que la presencia de provincianos en instancias de poder fue reiterada. En el análisis de O. Oszlak[23], fue la consolidación de una alianza entre burguesía portuaria y *"Señores de la tierra"*, al cobrar mutua conciencia de que su articulación política posibilitaba la conformación de un mercado nacional, lo que a su vez creaba la base material necesaria para la constitución de la burocracia estatal.

Sin embargo, la consolidación del modelo económico y político afectó a muchas familias de tradicional arraigo en el interior, que quedaron fuera de los circuitos del mercado o de las alianzas del nuevo poder. Para aquellos provincianos con inquietudes intelectuales que deseaban superar estas limitaciones, el centro urbano porteño se constituyó en el lugar donde asentarse, por sus casas de altos estudios, sus bibliotecas, sus imprentas y la cercanía de las instituciones oficiales capaces de solventar sus aspiraciones.

El origen social de intelectuales como Gálvez o Rojas los vincula –en su niñez y juventud-, con rasgos culturales tradicionales de particular vigencia en las comunidades del interior: la vivencia del medio rural, la relación de tipo paternalista, la presencia de lo religioso en la educación, la persistencia de costumbres familiares de raíz hispanocriolla; aspectos que en buena medida están presentes en sus perspectivas sobre lo nacional. Cabe preguntarse sobre los límites del proceso de modernización rioplatense, su difusión en el territorio y el conjunto de la sociedad nacional, suponiendo la existencia de áreas o grupos sociales afectados en menor medida o en forma desventajosa por los procesos de cambio.

El caso de M. Gálvez es el de un escritor influenciado por el modernismo literario, atraído por el krausismo y crítico del liberalismo positivista. Lo esencial en él es su reivindicación de la tradición hispana y católica, horizonte cultural considerado con valores fundamentales para enfrentar el materialismo imperante. En sus obras *"El solar de la raza"*(1913) y *"El diario de Gabriel Quiroga"* expone ideas en las que, sin embargo, no propone una vuelta al pasado en forma absoluta, ya que reconoce aspectos destacables en la dinámica del presente. Es la búsqueda en las tradiciones del bagaje espiritual necesario para perfeccionar una sociedad que ha perdido su identidad.

---

[23] Cfr. Oszlak, O. *La formación del estado argentino.* Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Gálvez intuye que la escuela y, dentro de ella la enseñanza de la historia, constituyen el ámbito esencial para la formación en los valores nacionales, entre los que incluye una revaloración de las instituciones hispanas y del tradicionalismo del interior rural. Su aspiración pedagógica es restauradora de valores perdidos, algo que, aún reconociendo la particularidad de su filiación al catolicismo, lo aproxima en alguna medida a la preocupación manifestada por los hombres de la tradición liberal positivista, como los mencionados Ramos Mejía, García o Quesada.

También en procura de reivindicar raíces olvidadas el tucumano R. Rojas sorprende con sus ensayos *"La Restauración nacionalista"* (1909) y *"Blasón de Plata"* (1910), a los que sumará en la década siguiente su obra de estética *"Eurindia"* (1924). En su formación influyen autores que aportaban una apertura crítica, como los mencionados Taine y Renán, el krausismo español, el idealismo alemán e incluso el americanismo del uruguayo Rodó. Desde este universo plantea su mirada sobre la identidad nacional con una perspectiva inscripta en la tendencia espiritualista, pero que resulta un tanto ecléctica y plural al momento de analizar la cultura de estas tierras.

Por un lado, Rojas propone revitalizar aspectos de la influencia liberal, como el republicanismo, el laicismo educativo, la implementación de una pedagogía cívica, los monumentos y las fiestas patrias. Por otro, considera que dicha corriente dialoga con la más antigua tradición hispana, criolla e indígena, vigente en la lengua y las costumbres del interior. Una confluencia de culturas que tiene lugar en el marco del *"indianismo"*, que en el autor es la influencia, el molde o la forja que imprime el territorio. El resultado es el *"crisol de razas"*, entendido como síntesis singular de la nación argentina, como resultado armonioso o amalgama de las diversas influencias.

En la interpretación de Devoto[24], si en Gálvez es observable un desocultamiento de la tradición olvidada, en Rojas es visible la tarea de *"inventar una tradición"* para la singularidad nacional (línea inventiva o creativa en la que también considera a Lugones, la voz de mayor repercusión durante el tiempo del Centenario).

Para el análisis de M. R. Lojo[25] lo destacable en Rojas es su consideración de la condición humana como condición *"situada",* vale decir, pensada en un territorio e historia particular, integrando una "raza" no en el sentido biológico sino en una dimensión espiritual. Desde esta posición historicista y particularista apela a la necesidad de adquirir conciencia de ese *"yo colectivo"* cuyas raíces incluyen lo indígena y lo hispano, aportaciones antes negadas por los constructores del orden constitucional. De allí su cuestionamiento de la dicotomía *"civilización-barbarie"*, a la que propone sustituir por la tensión *"exotismo-indianismo"*, legitimante de lo americano frente a lo europeo.

---

[24]Cfr. Devoto, F., Ob. cit., cap.2.

[25]Lojo, María R. *La condición humana en la obra de Ricardo Rojas;* disponible en: http:/www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/argentina/rojas.html; consulta en diciembre 2010.

Vale detenerse en referencias personales sobre la última de las figuras mencionadas del Centenario: L. Lugones. Inicialmente, un hombre que escapa de la postergación económica en su natal provincia de Córdoba y acude a la ciudad-puerto en busca de prosperidad y reconocimiento. En lo político transita su juventud en afinidad con el socialismo, para volcarse luego hacia las posiciones del liberalismo conservador. Su consagración como poeta del Centenario, particularmente por el prestigio de sus *"Odas seculares"* (1910), tiene que ver con su sintonía con las ideas dominantes en la elite dirigente argentina, al expresar una ambigüedad propia del tiempo que transita: apertura a la corriente espiritualista, a la estética griega clásica y al tradicionalismo; pero también arrastre de un bagaje heredado del liberalismo y el positivismo.

Lugones rescata valores implícitos en la "barbarie", pero admira la civilización conseguida en un siglo de emancipación nacional; por ello oscila entre el criollismo y el europeismo, entre la admiración por la épica del *"Martín Fierro"* hernandiano y el planteo del *"Facundo"* sarmientino. Pero en su recorrido hay algunas líneas interpretativas de la sociedad que muestran continuidad, como la valoración del medio y de la historia en su rol de forjadoras de la nacionalidad, superando una perspectiva limitada al determinismo biológico y asumiendo la particularidad de las sociedades.

En el espíritu de su poema dedicado al Centenario Lugones exalta la concordia entre las distintas razas en el suelo argentino, rescatando el aporte plural en la conformación de una sociedad singular. Articulado con este aperturismo, considera que la formación del espíritu nacional es una tarea constante en la que la literatura debe ocupar un sitio dominante, priorizando la singularidad criolla a través de la épica gauchesca. Tempranamente en *"La guerra gaucha"*, al modo de la historia mitrista, exalta la participación de las masas rurales en la emancipación. Luego, a través de sus célebres conferencias en 1910, canoniza la obra de José Hernández *"El gaucho Martín Fierro"* (1872), como el poemario fundador de una literatura nacional, instalando la idea de un prototipo sociocultural –el gaucho- resultado del primer mestizaje rioplatense. Aquel criollo postergado por el progreso al que es preciso rescatar del olvido exaltándolo como mito expresivo de la singularidad argentina.

De este modo, desde lo estético-literario el poeta cordobés legitima una cultura particular que, en oposición al cosmopolitismo aluvional, encuentra su originalidad en el modo popular del habla rioplatense, así como en la imagen vital y digna del criollo habitante rural, contrapuesto a la figura materialista y disolvente del proletariado urbano de origen inmigratorio. Su criollismo se alinea con el tradicionalismo emanado de las propias filas liberales, conformando junto a Rojas y Gálvez, no un movimiento político sino un movimiento espiritualista y estético, que podría considerarse como un **nacionalismo cultural** reclamado por la dirigencia política como base moral para confrontar las tendencias disolventes del nuevo siglo.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Teniendo en cuenta a los escritores destacados del Centenario, el español González Calleja procura explicar el sentido de estas reflexiones sobre la identidad nacional, trazando una comparación. entre lo que denomina la *"generación del centenario argentino"* y los literatos de la España fin-de-siglo, acentuando la idea de un refugio tradicionalista ante las amenazas foráneas:

> *"Como los escritores del 98 español, estos nuevos nacionalistas eran en su mayor parte vástagos de grandes familias provinciales venidas a menos, que buscaban en lo hispano un factor histórico decisivo del carácter nacional argentino frente al peligro de desnaturalización del país y la amenaza de dependencia económica"*[26]

Por su parte, B. Sarlo rescata la trascendencia de estos aportes respecto de una singularidad nacional que reclamaba su reconocimiento, ya que al tematizar el criollismo estaban formulando el primer cuerpo doctrinario del nacionalismo cultural, en correspondencia con la indudable presión que la clase alta tradicional ejercía sobre los intelectuales, preocupada por la expansión de las clases medias de origen inmigratorio. Con ello se formula *"por primera vez de manera global y dramática, la cuestión de la identidad nacional, interrelacionada con la de la tradición cultural y el carácter sintético del "ser nacional" argentino"*[27]*.*

A modo de síntesis, interpretamos que la instancia del Centenario y su repercusión cultural son demostrativas de la culminación de una **idea de nación** valorada como **refugio moral y espiritual** frente al cosmopolitismo materialista, articulada con la idea de nación considerada como **orden políticosocial** desafiado por el democratismo y el socialismo revolucionario.

## 6- Tradicionalismo y autoritarismo

Los años posteriores al Centenario estarán signados por la concreción histórica de las tendencias preanunciadas. La Primera Guerra Mundial muestra el crudo final de la "belle epoque", haciéndose presente las masas no sólo en los campos de batalla sino también en las exigencias de democratización política y en las renovadas demandas sociales del proletariado. El liberalismo individualista, tal como lo concebían las elites burguesas, así como el optimismo del progreso bajo los lineamientos positivistas, se verán desprestigiados e impugnados por la alternativa democrática y por el socialismo revolucionario triunfante en Rusia.

En el orden nacional, la irrupción de la democracia de masas de la mano de Hipólito Yrigoyen puede verse como la visibilización política de la nueva sociedad forjada en la

---

[26] González Calleja, E. El hispanismo autoritario español y el movimiento nacionalista argentino: balance de medio siglo de relaciones políticas e intelectuales (1898-1946). En Hispania. Revista Española de Historia, 2007, vol. LXVII, número 226, mayo-agosto, p. 603.

[27] Sarlo, B. *Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro.* En Altamirano, C. y Sarlo, B. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia,* Buenos Aires, Ariel, 1997*,* p.235.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

confluencia heterogénea de criollos e inmigrantes, con estratos medios urbanos y rurales cuyo ascenso social se sustentaba en la expansión del mercado agropecuario y de los servicios urbanos, pero también en los beneficios de la educación pública masiva. Un resultado que en buena medida es demostrativo del éxito "civilizador" del modelo liberal, aunque paradójicamente es observado por la elite conservadora como signo de ruptura de jerarquías y ascenso de la mediocridad, o como expresión del desorden plebeyo y puerta abierta al aprovechamiento de los grupos revolucionarios.

Como parte de esta tensión, el movimiento de la Reforma universitaria de 1918, apoyada políticamente por el gobierno por considerarla una ampliación del espíritu democrático al interior de los centros de estudio, fue cuestionada por sectores liberales conservadores, nacionalistas tradicionalistas y parte de la iglesia, al perderse terreno en un espacio que había sido de indiscutido predominio de las elites. La proclamada democratización de las instituciones se combinaba en los estudiantes con enunciados revolucionarios y de proyección latinoamericanista, como expresión de los nuevos tiempos que corrían tras la conmoción de la Gran Guerra.

Un clima de creciente conflictividad social se ve agudizado por los altibajos en el mercado durante la posguerra inmediata. Ante las huelgas obreras el gobierno de Yrigoyen se muestra inicialmente mediador y luego decididamente represivo, durante los sucesos de la "Semana Trágica" en 1919 y las sangrientas huelgas patagónicas en los años siguientes, desnudando limitaciones políticas e ideológicas para tratar con sectores que, en situación de conflicto, percibe como amenaza del orden republicano y democrático.

Para los sectores conservadores el plebeyismo yrigoyenista creaba el terreno propicio para los arrebatos revolucionarios, al alimentar la tendencia general hacia la pérdida de jerarquías sociales y espirituales. Juan A. García, por ejemplo, no consideraba la amenaza de revolución social, acaso por suponerla inviable, sino el riesgo de una "barbarización" de la sociedad, producto del deterioro de los valores construidos por los antecesores que habían fundado el país.

No todos se limitarán a las reflexiones críticas hacia la debilidad democrática, sino que avanzarán en la formulación de posiciones políticas con un sesgo autoritario, reivindicando el recurso de la fuerza y la violencia toda vez que sea necesaria para asegurar el control social, objetivo que puede especificarse como la defensa irrestricta de la propiedad privada y de las libertades republicanas.

Jóvenes de clase alta, particularmente alentados por círculos militares y dirigentes políticos, se organizarán en grupos armados para colaborar en la represión antiobrera durante las jornadas de la Semana Trágica. En ocasiones, la intervención de estos grupos llevó a la agresión xenófoba contra miembros de la comunidad judía, a quienes percibían afines con los "maximalistas" (término desplazado por el de "bolchevique" en los años

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

siguientes), y contra los inmigrantes de origen catalán, sospechados de propiciar el anarquismo.

De estas iniciativas surgirá el impulso para la creación de la "Liga Patriótica Argentina", institucionalizando la finalidad represiva parapolicial pero superándola como única finalidad. La liga se autoproclamará como *"guardián de la argentinidad"* y será presidida por Manuel Carlés, un hombre oscilante entre su matriz conservadora y su acercamiento a sectores del radicalismo. Estará integrada por sectores altos y medios de la sociedad, civiles y militares, laicistas y católicos, conservadores y radicales, hombres y mujeres; con nombres como Dardo Rocha, Lisandro de la Torre, José Crotto, C. Ibarguren, Monseñor De Andrea y Dellepiane. Una convocatoria expresiva de la preocupación que, en diversos sectores, había despertado la "nación en riesgo", compartiendo en mayor o menor medida un imaginario forjado desde el tiempo liberal, conformado por valores e instituciones tradicionales que era necesario proteger de la amenaza de ideologías disolventes.

Eran los mismos temores que anunciaran, desde el fin de siglo, quienes hemos considerado expresivos de un nacionalismo telúrico o tradicionalista: las voces de Cané, Ramos Mejía, Gálvez o Lugones, con sus matices y variantes personales, reaparecían con claridad en un presente acuciante.

Aunque algunos miembros de la Liga se presentaron como acompañantes armados de la autoridad policial o militar para brindarles su apoyo en instancias de represión huelguista o de vigilancia del orden, ello no define el complejo rol de este movimiento. Siguiendo su matriz liberal conservadora, antes que actitudes xenófobas e intolerantes (que por cierto existieron en algunos casos), la Liga pareció aferrarse a la noción de que los inmigrantes podían ser modelados por la "forja" del suelo argentino, convenientemente sujetos a las normas e instruidos en sus valores; una perspectiva continuadora del espíritu integracionista del Centenario.

En virtud de tales objetivos se alentaron tareas propias de una pedagogía patriótica, mediante charlas, exposiciones y publicaciones, para dar a conocer las virtudes de la argentinidad. También se emprendieron tareas de asistencialismo social, lo que guarda relación con las políticas del reformismo liberal de comienzos del siglo y con la influencia de la doctrina social alentada por la iglesia para atender las consecuencias de la explotación laboral[28].

Por cierto que estas actitudes asistenciales parecen estar más cerca de un paternalismo aristocrático sobre los desposeídos que de un reconocimiento necesario de la justicia social, con esfuerzos conducentes a la pacificación social y a restar seguidores a los ideólogos revolucionarios.

[28] Cuestionamiento abordado por la Carta Encíclica del Papa León XIII, *Rerum Novarum,* de 1891, considerada documento fundacional de la doctrina social de la iglesia contemporánea (tema que abordaremos en apartado posterior)

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

La Liga será el anticipo de un gradual tránsito de las concepciones propias del nacionalismo tradicionalista o telúrico, hacia un nacionalismo ganado por otras influencias: antiliberal, reaccionario y crítico de la masa inmigratoria disolvente. Un cambio que no se operó en la mayor parte de los integrantes mencionados, sino que será impulsado por nuevas generaciones de intelectuales. En la perspectiva de Barbero y Devoto, si bien puede considerarse a este movimiento como un *"proto-fascismo"*[29] por los objetivos señalados sobre su origen, hay otras características del escenario político que la moderan, diferenciándola de experiencias europeas similares y manteniéndola dentro de la tradición conservadora. En ello destacan la menor magnitud del movimiento obrero, la existencia de un gobierno democrático y la persistencia de la tradición liberal entre las clases dominantes.

Por otra parte, la recuperación de los mercados a lo largo de la década del veinte y el acercamiento entre sectores conservadores y el alvearismo antipersonalista, conducirían también a la no radicalización del movimiento, desalentando actitudes golpistas en lo inmediato (actitudes que renacerán tras la reelección de Yrigoyen en 1928) [30].

Respecto de las voces destacadas del Centenario seguirán diferentes rumbos ideológicos en los años veinte. Volcado al catolicismo, Gálvez respetará las virtudes "instintivas" del pueblo y verá a Yrigoyen como un líder con valores morales suficientes para comprenderlo, considerándolo por ello una alternativa de contención de las ideologías revolucionarias. Rojas guardará aún mayor afinidad con el radicalismo, compartiendo su vinculación con lo popular, su americanismo y su federalismo; identificación que se profundizará a partir de su adhesión al movimiento de la Reforma Universitaria. En cambio Lugones, siempre desde actitudes autorreferenciales y desafiantes, se sumará a la tentación autoritaria escandalizando a los propios miembros de la Liga por su creciente xenofobia, dejando de lado el espíritu integracionista mostrado una década atrás.

El giro lugoniano se profundizará cuando, al conmemorarse la batalla de Ayacucho en 1924, pronuncie en Perú su inquietante discurso anunciando que ha llegado *"la hora de la espada"*, depositando las expectativas de supervivencia de lo nacional en unas fuerzas armadas consideradas capaces de reimplantar las jerarquías, el orden social y la singularidad argentina frente a la demagogia democrática y la violencia revolucionaria.

En opinión de F. Finchelstein esas palabras resultan un hito *"fundacional del nacionalismo argentino"*[31], considerando el empleo del término restringido a su forma autoritaria. Desde una perspectiva diferente, F. Devoto, quien considera a Lugones un

---

[29] Cfr. Barbero, M. y Devoto, F. *Los nacionalistas,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

[30] En la década siguiente la experiencia de la Liga será replicada por la Legión Cívica Argentina, La Liga Republicana y la Legión de Mayo, grupos nacionalistas adherentes de Uriburu, en los que se evidenciará la influencia del fascismo.

[31] Finchelstein, F. *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1º ed. español, 2010, p.129.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

*"intelectual extremo"*[32], ubica esta proclama política dentro de un proceso mayor, como episodio demostrativo del pasaje del nacionalismo de base liberal, inclusivo de criollos e inmigrantes, hacia un nacionalismo autoritario y corporativo, cerrado en lo cultural e identificado con las nuevas corrientes de la derecha europea.

Quizás este Lugones filofascista intuía el fracaso o la imposibilidad de fortalecer un nacionalismo nutrido en la organización de las masas en defensa de la nación, y por ello termina convencido de la necesidad de una conducción militar que acorte el camino a una "restauración" nacional. Tal vez, desde su mirada elitista y desconfiada de las masas, apostaba directamente a la institución armada. En todo caso, el discurso de Lugones, aunque ganado cada vez más por la crítica antiliberal, podría verse también desde la contradicción, al sostener en su admiración por el pasado emancipador la vigencia del relato fundador del liberalismo, popularizado por la narración mitrista.

## 7- Maurrasianos, fascistas y católicos

Lugones no estará solo en su giro autoritario. Una "generación" de intelectuales de clase alta y media, autoproclamados como representantes de un nuevo nacionalismo, comenzarán a difundir sus ideas en la segunda mitad de la década. Si bien en determinados casos se vuelcan a la praxis política participando en actos de agitación, en su mayor parte los intelectuales de esta nueva sensibilidad procuran difundir sus ideas a través de publicaciones periódicas.

Distintas vertientes nutrieron este nuevo movimiento. Desde Francia las ideas de Charles Maurras, caracterizadas por tradicionalistas, promonárquicas, elitistas y militaristas; posiciones no originales en cuanto recogían tradicionales críticas a la revolución de 1789, pero reunidas en una síntesis renovada para orientar la acción política. Su lectura del pasado reconocía una Francia edificada en su grandeza por el absolutismo, que se había sumido en la decadencia a partir de la revolución burguesa y el triunfo del liberalismo. Un nacionalismo antiliberal que incluía la posibilidad de tomar del pasado todas aquellas tradiciones que habían hecho grande a la nación, como la monarquía, la iglesia católica y el orden social jerárquico.

En menor medida, otras experiencias europeas suman su influencia, como la dictadura de Primo de Rivera en España, el gobierno de Salazar en Portugal y el fascismo italiano de Mussolini. Particularmente interesaba la alternativa de la representación corporativa, percibida como estructura capaz armonizar las relaciones entre las clases sin perder el

[32]Cfr. Devoto, F. *Acerca de un intelectual extremo y sus fracasos. El caso de Leopoldo Lugones político.* En Estudios Sociales, Nº34, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2008, pgs.11-28.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

orden jerárquico, al modo de una “alianza nacional” superadora del individualismo liberal y del colectivismo proletario.

El periódico *“La Nueva República”*, autodefinido como un vocero del “nacionalismo argentino”, se convierte en el espacio de difusión del ideario maurrasiano en Buenos Aires, replicando el modo de “L´Action francaise” en París. En sus páginas aportan jóvenes patricios de génesis conservadora: los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, Ernesto Palacio, Juan Carulla; sumándose colaboraciones de los católicos César Pico y Tomás Casares.

Aunque notorias las influencias ideológicas apuntadas, esta generación muestra ambigüedad en sus planteos. Cuestionan el régimen electoral democrático rechazando que las masas sin instrucción decidan el destinatario del poder, pero al mismo tiempo elogian la Constitución Nacional (como lo hace E. Palacio); se pronuncian contra el liberalismo en lo filosófico y político, pero no cuestionan la libertad económica (el caso de R. Irazusta). También interpretan las ideas maurrasianas y fascistas de un modo particular, sin perder su matiz conservador, ya que para la mayoría de estos nacionalistas, las tradiciones y la historia aparecen aún como elementos de un refugio espiritual o un anclaje nostálgico tradicionalista.

Diferente es la perspectiva en la génesis europea de este tipo de movimientos, viendo las tradiciones como un espacio simbólico suficientemente atractivo para las masas para que presten su adhesión a la construcción de un “nuevo orden” nacional (especialmente en el fascismo), donde las elites dominantes pudieran dar respuestas a la no resuelta cuestión social y recuperar la expansión imperial.

En el caso de Maurras, aunque aspiraba a un estado secular, su valoración histórica de la iglesia se explica en la eficacia de su estructura interna de control jerárquico y en su arraigo social a través del tiempo, por lo que visualiza su instrumentalización como factor de orden. En el fascismo italiano, la valoración histórica y estética del imperio romano antiguo, propiciada por los actos públicos, la arquitectura oficial y el cine de la época, resulta de utilidad para entusiasmar a las masas, recuperar la grandeza imperial y legitimar simbólicamente el personalismo a lo “César” de Benito Mussolini.

Vale decir, lo que allá es instrumento para proyectarse políticamente sobre nuevas realidades y moldearlas, aquí se asimila para oponerse a los efectos negativos del liberalismo, sin aportar claridad respecto del orden a edificar y el papel que deben jugar las masas en el mismo.

También el catolicismo suma su influencia sobre las generaciones del nuevo nacionalismo, como resultado del renovado impulso que cobra la iglesia en la posguerra. En el país esto se traduce en un movimiento cultural que procura insertarse en las clases dirigentes y sumar voluntades entre los intelectuales, a través de la creación de ateneos de la juventud, los Cursos de Cultura Católica y la edición de la revista *“Criterio”* desde 1928. Un catolicismo en el que persisten voces afines con el liberalismo, como el caso de Tomás

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Cullen; otras que valoran aspectos del yrigoyenismo, como M. Gálvez; o bien se vuelcan al antiliberalismo maurrasiano y fascista, como Atilio Dell´ Oro Maini, C. Pico y T. Casares.

Entre los jóvenes de *"La Nueva República*" y los responsables de *"Criterio"* habrá una vinculación constante, con articulistas colaborando en ambas publicaciones y abordando temáticas similares frente a los "enemigos" comunes. Para los "neorrepublicanos" el catolicismo provee una doctrina neotomista antimoderna que completa las propuestas de acción política maurrasianas, con la común crítica al liberalismo y la idea de un orden social jerárquico con suficiente autoridad sobre las masas.

Sin embargo, para el catolicismo, la restauración de los principios cristianos debe sostenerse con el protagonismo de la iglesia, subordinando la soberanía del individuo y del estado a las pautas del orden sobrenatural. Estas diferencias afectarán *"Criterio"* hacia 1930, con un mayor control clerical y un desplazamiento de los maurrasianos; aunque posteriormente, la aparente "despolitización" buscada será desvirtuada por la llegada a la publicación de intelectuales de impronta fascista.

Puede decirse que en este nacionalismo de los años veinte hay rupturas respecto de planteos anteriores, particularmente manifestado en el sesgo antiliberal y autoritario, incluyendo la apelación a la agitación y la violencia como instrumentos de la acción política. Pero puede encontrarse una línea de continuidad en pensar la nación desde una concepción desconfiada de las masas, aspirando a la conducción de un patriciado criollo que no olvide sus tradiciones y vigile sus intereses materiales. Elitismo y tradicionalismo desde los que, al modo de los planteos conservadores de comienzos del siglo, la nación es imaginada como un orden a restaurar para afrontar los males de una modernidad que no se termina de asimilar, particularmente en cuanto a la aparición de la masa como nuevo actor social, sea en su versión democrática o revolucionaria.

Como un claro ejemplo de esta perspectiva conservadora resulta ilustrativa la posición de J. Irazusta desde las páginas de *"La Nueva República"*, cuestionando la política obrera de Yrigoyen y sus proyectos de mejora laboral. En su mirada, las iniciativas legislativas que tienen por fin la limitación de la jornada laboral a ocho horas y la determinación de un salario mínimo para los trabajadores, ocasionarían un severo daño a la producción agropecuaria nacional.[33] Una opinión que, desde sus fundamentos antidemocráticos, se proyectaba hacia los intereses de clase.

Sean sus influencias maurrasianas, católicas o fascistas, los intelectuales y políticos que se reconocían parte de este nacionalismo, mostraban oposición o al menos desconfianza ante todo cambio capaz de afectar los valores tradicionales de la argentinidad, concibiendo una "República" con respeto por las jerarquías y un gobierno de selectas figuras, capaces de mantener el orden y la cohesión social. Coincidiendo con F.

[33] Devoto, F. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia.* Buenos Aires, Siglo Veintiuno Edit. Iberoamericana, 1º reimpr., 2006, p.215.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Devoto, podemos reconocer que **miraban al pasado antes que al porvenir**, creyendo en la necesidad de la "restauración nacional" antes que en la construcción de un nuevo orden capaz de absorber los cambios[34].

El desgaste del segundo gobierno de Yrigoyen y la difusión de estas ideas en sectores de las fuerzas armadas abrirá momentáneamente, en torno al general José F. Uriburu, la expectativa en una intervención armada necesaria para reencauzar la nación. Sin embargo, el golpe de setiembre de 1930 no tardará en mostrar sus limitaciones a los adherentes nacionalistas "neorrepublicanos".

## 8- Signos contradictorios de una década crucial

La crisis económica mundial iniciada a fines de 1929 acentúa en el país el debate ideológico extendido a todos los planos: político, económico, social y cultural. El modelo liberal sobre el que se fundara el orden institucional, la integración al mercado mundial y la aspiración a la modernización de la sociedad, ya no sólo pierde legitimación ideológica –como se advierte a través de múltiples voces desde comienzos del siglo- sino también su viabilidad material, al desnudarse la fragilidad económica de un país con extrema dependencia del mercado externo.

¿Cómo pensar la nación de aquí en adelante? ¿sobre qué bases edificarla? ¿recuperando valores tradicionales o abriéndose a un nuevo perfil?. Interrogantes que sólo pretenden subrayar la búsqueda de respuestas en las que parecieron embarcarse los intelectuales y dirigentes del momento.

El golpe militar encabezado por el general J. F. Uriburu, en setiembre de 1930, nace con insuperables contradicciones. En primer lugar abre en los círculos nacionalistas la expectativa de cambios revolucionarios con sentido antiliberal, pero sus proyectos, tales como sustituir la representación partidaria por la corporativa o derogar la ley electoral vigente para limitar el sufragio universal, se contraponen con el anuncio del "respeto" a la constitución nacional. Una contradicción discursiva que encuentra explicación no sólo en la carencia de solidez ideológica sino también en la falta de adhesiones significativas a los cambios propuestos.

Algunos reconocidos nacionalistas aparecen en el gobierno, como M. Sánchez Sorondo, mientras que otros participan de agrupaciones paramilitares apoyadas por el mismo Uriburu, como la Legión Cívica Argentina tutelada por el coronel Molina y J. Carulla.

Nombrado interventor en Córdoba, Carlos Ibarguren, hombre con raíces familiares en el interior cordillerano, se relaciona con los círculos católicos profascistas de la provincia, manifestando su adhesión a proyectos corporativos como garantía de un orden coherente con las tradiciones de la cultura europea. En su caso, la revolución es concebida bajo la

[34] Ibidem, p.311.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

conducción de una elite criolla capaz de equilibrar los intereses de clase contrapuestos y satisfacer los reclamos de justicia, desechando soluciones superficiales como el “New Deal” estadounidense o drásticas como la revolución socialista.

Estos nombres no bastan para inclinar la balanza hacia el nacionalismo, ya que la mayoría de los integrantes del gabinete nacional era de origen conservador, mientras que en el seno de las fuerzas armadas la simpatía ideológica o política con Uriburu era reducida.

Por cierto que la elite conservadora de matriz liberal, así como parte de los sectores medios, entre los que se contaban socialistas independientes y radicales antipersonalistas, habían apoyado una insurrección militar que garantizara el orden social, cerrara las puertas a la demagogia yrigoyenista y fuera capaz de reprimir con eficacia la agitación obrera revolucionaria. Pero en 1932 se inclinarán en favor del general Agustín P. Justo, por considerarlo un conductor respetuoso de los principios liberales, a diferencia de las impredecibles ideas predicadas por Uriburu y los nacionalistas.

La opción para “recuperar” la nación fue, a partir de ese momento, la de asegurar el control político en línea con la tradición liberal conservadora. Una fachada republicana sustentada en prácticas de represión policial, cooptación de adversarios y fraude electoral sistemático. Un orden que acompaña la intención de recuperar los vínculos y beneficios del modelo agroexportador golpeado por la crisis mundial del capitalismo, apelando a una creciente regulación estatal y a la concesión de amplias facilidades al capital británico para retener la demanda externa.

Ya no se exhibía el optimismo de la “Generación del 80” o del centenario. Para los liberales conservadores la nación debía sostener la apertura económica y las tradiciones republicanas, pero en el modo restrictivo que las interpretaban. No rechazaban el sistema electoral heredado de la reforma democrática de 1912, pero proscribían y manipulaban el resultado de las urnas, al tiempo que cooptaban a socialistas independientes y radicales alvearistas en la “Concordancia”. Del mismo modo, pese a que aseguraban compartir los principios liberales del mercado, asumían con pragmatismo la regulación económica estatal para salvaguardar los intereses de los sectores exportadores, a través del Banco Central, las juntas reguladoras de la producción y la ampliación de concesiones a las empresas británicas.

Una adaptación a los nuevos y difíciles tiempos que también mostraba nuevas actitudes públicas ante el catolicismo: distantes del cerrado laicismo del positivismo, reconocían la importancia de la religión como aglutinante social y propiciaban un claro acercamiento institucional con la iglesia, como lo demuestra la presidencia de Justo..

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

En los términos de Tulio Halperín Donghi[35] este escenario de crisis desnudaba la realidad de una *"república imposible",* que podrían seguir controlando las elites propietarias al precio de falsear la representatividad de sus instituciones o las ideas que aparentemente sostenían. Un rótulo que en el autor puede leerse como una ironía a la distinción alberdiana entre la *"república posible"* y la *"república verdadera".*

Entre los intelectuales, más allá de sus diferentes cauces ideológicos, la crisis del 30 es también una coyuntura que afecta tanto a la nación en su conjunto como al sujeto en su dimensión personal. Hay expresiones de pérdida de sentido, decepción e incluso indagación metafísica ante la falta de certezas. Para J. Larrain[36] la coyuntura de la depresión económica mundial y la consiguiente crisis de dominación oligárquica explican en buena medida estas indagaciones sobre la identidad que se multiplican en América Latina, al manifestarse aquello que había estado oculto por el sueño del progreso. Ello se anticipa con el indigenismo de los años veinte en autores como J. C. Mariátegui o L. E. Valcárcel, y prosigue con el pesimismo identitario de los años treinta: A. Arguedas en Bolivia o Martínez Estrada en Argentina.

En Buenos Aires, R. Scalabrini Ortiz, en *"El hombre que está solo y espera"* (1931) desarrolla una preocupación por develar el hombre común y anónimo de las muchedumbres, que el autor ubica en el porteño medio, expresando un *"espíritu de la tierra"* que no pinta en forma indulgente sino con virtudes y defectos. Dos años después, el significativo ensayo de Ezequiel Martínez Estrada, *"Radiografía de la Pampa*" (1933), vuelve a la pregunta esencial ¿quiénes somos los argentinos?, indagando la tensión con el medio geográfico, el encuentro indígena-español y el proyecto constructor de la nación.

Martínez Estrada Reconoce en D. F. Sarmiento al pensador primordial por intuir los problemas esenciales, entre los que destaca el desarraigo, el resentimiento y la carencia de un alma nacional. Su reflexión final, teñida de desencanto, psicologismo y espiritualismo, vislumbra la perpetuación de viejos males:

> *"Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio. No vio que la ciudad era como el campo y que dentro de los cuerpos nuevos reencarnaban las almas de los muertos. Esta barbarie vencida, todos aquellos vicios y fallas de estructuración y de contenido, habían tomado el aspecto de la verdad, de la prosperidad y de los adelantos mecánicos y culturales. Los baluartes de la civilización habían sido invadidos por espectros que se creían aniquilados…"*[37]

### 9- ¿Una "nación católica"?

[35] Halperin Donghi, T. *La Argentina y la tormenta del Mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945,* 1ªed / 1ºreimpr., Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2004, p.11.
[36] Cfr. Larrain, J. *La identidad Latinoamericana. Teoría e Historia.* Estudios Públicos, Nº 55, Santiago. de Chile, invierno de 1994.
[37] Martínez Estrada, E. *Radiografía de la Pampa,* Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p.155.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Alentado por la creciente deslegitimación del liberalismo y del positivismo, por el auge de concepciones espiritualistas y el tradicionalismo hispanista, el catolicismo adquiere una influencia creciente, al valorarse la doctrina religiosa como opción frente al individualismo materialista, el cientificismo y el colectivismo revolucionario. Desde los años veinte, la realización de cursos de Cultura Católica, que tuvieron amplia recepción en sectores sociales altos, la fundación de la mencionada *"Criterio"*, abierta a la participación de los intelectuales, así como la creciente influencia de la Iglesia en ámbitos políticos y en las fuerzas armadas, impulsaron esta "restauración".

El retorno conservador al poder facilitó la articulación entre estado e iglesia, propiciada tanto por nacionalistas como por liberales católicos. Señales concretas de este proceso pueden encontrarse en la realización del Congreso Eucarístico de 1934, con fuerte apoyo del gobierno de Justo, un despliegue propagandístico inédito y una fuerte participación social en las celebraciones. La habilitación para la creación de numerosas diócesis en el territorio nacional, la entronización de imágenes religiosas en oficinas públicas, la organización de celebraciones cívico-religiosas en forma conjunta, así como la creciente influencia de los capellanes en la formación de los militares, son también demostrativas de esta relación.

En este contexto, el episcopado se convirtió en un actor político y social gravitante, extendiendo su influencia mediante un laicado comprometido a través de la Acción Católica en sus distintas ramas, con presencia en el mundo empresarial, político y estudiantil. Finalmente, la "restitución" de las clases de moral y religión católica en la educación estatal[38], decisión política del gobierno militar de 1943 con protagonismo del escritor nacionalista G. Martínez Zuviría, completó institucionalmente la vinculación estatal-clerical.

Aunque las simpatías hacia el nacionalismo fueron inocultables, puede decirse que la jerarquía eclesiástica y los notables del catolicismo tuvieron una cambiante relación con las ideas políticas, con posiciones de afinidad y al mismo tiempo que de recelo, por temor a la instrumentación política de la religión. Halperín Donghi[39] observa que en la primera mitad de los años 30 la mayoría de los intelectuales católicos no formulan con claridad sus pretensiones políticas: algunos se refugian en apelaciones providencialistas e incluso apocalípticas, aunque con posterioridad muchos evolucionan hacia una adhesión al nacionalismo filofascista.

Así, por ejemplo, J. Fingerit describe con ironía a la democracia como un modelo imperfecto, reflejo del hombre mundano y pecador, aunque destaca su moderación frente a los excesos del fascismo y del marxismo. Por su parte, C. Pico y T. Casares no ven a la democracia como un mal a superar, pero se oponen al liberalismo anticlerical y proponen

[38] En algunas provincias la enseñanza religiosa se restableció desde la década del treinta.
[39] Halperín Donghi, T. *La Argentina y la tormenta del Mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945,* 1ªed / 1ºreimpr., Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2004, p.11.

el retorno a la moral cristiana como ordenadora de la sociedad. El sacerdote G. Franceschi, director de *"Criterio"*, cuestiona que el nacionalismo se torne en un estatismo secular e incluso pagano, particularmente en alusión al maurrasianismo y al nazismo; en cambio rescata al fascismo por su planteo corporativo, considerándolo un orden válido en la medida que reconozca la tradición católica.

Por su parte, en la visión radicalizada del padre Julio Meinvielle, la superación del liberalismo y la construcción de un orden antidemocrático, como en las experiencias del fascismo y del nacional socialismo, implica el riesgo del totalitarismo estatal secular, por lo que sugiere la necesidad de un poder teocrático capaz de custodiar la moral cristiana y sostenerla como reguladora de la sociedad.

Predomina una noción "integral" del catolicismo, estimulado por el papado desde el planteo antimoderno de la encíclica *Quanta Cura* (1864) y del documento adjunto *Syllabus*, dando cuenta de todos los "errores" de la modernidad desde una perspectiva neotomista. Esto no aparta a la iglesia de la reflexión contemporánea: al acentuarse la conflictividad obrera León XIII da a conocer su doctrina sobre la cuestión social mediante la encíclica *Rerum Novarum* (1891), cuestionando los extremos del individualismo capitalista y del colectivismo revolucionario, apelando al protagonismo del estado y a la concordia entre las clases sociales.

Considerando el paradigma integrista, E. Poulat lo caracteriza como antiliberal, influyente sobre el ámbito político, atento a la problemática social y dispuesto a edificar una sociedad cristiana bajo la enseñanza de la iglesia[40]. Podríamos decir: una subsistencia de aspectos antimodernos conviviendo singularmente con la búsqueda de respuestas a problemáticas contemporáneas.

Un sector de la iglesia ve con simpatías al fascismo italiano y al régimen de Salazar en Portugal, por su concepción del estado como mediador social, su restauración de la autoridad y las propuestas corporativas; fórmulas políticas consideradas válidas para la integración de la comunidad nacional. Pero es el triunfo de Franco en la guerra civil española el que brinda un fundamento épico para los nacionalistas católicos, al vincularlo con la defensa de la fe asediada por un bando republicano donde conviven comunistas, anarquistas y liberales (precisamente los enemigos ideológicos contra los que había predicado la iglesia argentina). El caudillo español será saludado como el artífice de una nueva reconquista cristiana, dando continuidad histórica a la paradigmática "cristiandad" medieval.

Hay posturas radicalizadas, como las de E. Osés (director de *"Criterio*" y luego de "*Crisol"*), C. Silveyra, Nimio de Anquín (jefe de la Unión Nacional Fascista), G. Martínez

[40] Poulat. E. *Le catholicisme sous observation,* París, Le Centurion, 1983. Citado en : Mallimaci, F. *Catolicismo y Militarismo en Argentina (1930-83). De la Argentina liberal a la Argentina católica,* Revista de Ciencias Sociales, Nº4, agosto 1996, Universidad Nacional de Quilmes, p.192.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Zuviría, los sacerdotes J. Meinvielle y L. Castellani. Al visitar el país Jacques Maritain, filósofo considerado como la más influyente autoridad académica en el catolicismo, se desata una ardua polémica, especialmente con el P. Meinvielle, que esperaba encontrarse con un defensor del catolicismo integral y se sorprende por su giro democrático y crítico del fascismo. Esto profundizó divisiones en el catolicismo local, acentuando una gradual pérdida de influencia de los intelectuales nacionalistas extremos.

El catolicismo no debe interpretarse exclusivamente como cauce ideológico de cerrado elitismo, de planteos filofascistas y posiciones antisemitas. Hay voces de intelectuales que recuperan la tradición popular argentina, como Gálvez, para quien la adopción del fascismo desde una noción elitista desconoce el verdadero sentido popular del proceso en Italia. Consecuente con ello reivindica la experiencia criolla, dedicándole al fallecido Yrigoyen una biografía de tono épico y sentimental[41], elogiando su paternalismo sobre la masa y su rol de conductor de una nación cuya identidad encarna.

Con habilidad, Gálvez no deja de advertir sobre la aproximación del líder radical a la religión en sus últimos años, un dato que utiliza para legitimarlo desde el ideario católico, reconociendo su liderazgo personal como vía adecuada para "regenerar" la nación y dotarla de justicia social.

Es claro que el escritor reconoce la necesidad de la integración social y cuestiona el elitismo del régimen liberal, pero también advierte sobre el riesgo de una dictadura autoritaria. Su trayectoria posterior es consecuente con esta posición moderada: en 1943 elogiará el golpe militar nacionalista y el posterior protagonismo de Juan D. Perón, a quien terminará cuestionando por su personalismo y su enfrentamiento con la iglesia durante su segundo período presidencial.

Efectuando un balance, ¿hasta dónde es gravitante la importancia del catolicismo en el período?¿cuál su verdadero carácter o naturaleza política?.

Considerando la articulación con las ideas del nacionalismo, F. Finchelstein interpreta que la particularidad argentina es la difusión de un *"fascismo cristianizado"*[42] diferenciado de la experiencia europea. La adaptación ideológica opera, en este caso, reduciendo el fascismo a su valoración como un molde político con aspectos afines al pensamiento de la Iglesia (su antiliberalismo, su corporativismo, su restauración de la autoridad y el orden social), advirtiendo sobre los riesgos de un nacionalismo "exagerado" que pretenda subordinar la religión bajo un totalitarismo estatal secular. Lo sintetiza en los términos de R. González Tuñón, quien críticamente aludió a la conformación de un *"clerofascismo"* argentino en el que se procuró armonizar poder secular y poder eclesiástico.

Poniendo el acento en el impacto social e institucional, F. Mallinaci considera que la estrecha relación con el clero resulta funcional para los gobiernos entre 1930 y 1950, al

[41] Gálvez, M. *Vida de Hipólito Yrigoyen. El hombre del misterio.* Buenos Aires, Ed. Tor, 1959 (la primera edición es de 1938)
[42] Finchelstein, F., Ob. cit., p.213.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

jugar el catolicismo un rol clave como *"…dador de identidad nacional e integrador, con fuertes resabios autoritarios dado su enfrentamiento con la matriz liberal como con la socialista"*[43]. Con ello, se construye no sólo un perfil institucional católico sino también una re-catolización del imaginario colectivo y de las prácticas sociales, consolidando lo que el autor denomina la *"invención de la nación católica",* modelada desde el episcopado y el movimiento del laicado católico, pero con el aval del estado[44]. En otros términos: la nación liberal, cosmopolita y laicista reemplazada por el imaginario de la cruz y de la espada, el que terminará por expresarse en ciertos lineamientos del golpe militar de 1943.

El planteo de L. Zanatta reconoce una mayor complejidad. Considera que, si bien hay un evidente protagonismo de la iglesia en las disputas ideológicas y puede verse al catolicismo como fundante de identidad política en nuevos actores sociales, es necesario dudar de las interpretaciones generalizantes respecto de su influencia real. La existencia de un clérigo-fascismo no significa que en sus núcleos autoritarios se aliente la construcción de un estado tutelar sino que, ante todo, el objetivo es procurar la consolidación de una iglesia capaz de asegurar la *"recristianización"* de la sociedad[45]. Observa que, ante el régimen conservador de Justo, los miembros del clero parecen más interesados en ganar espacio dentro del gobierno que en cuestionar la república liberal.

Para el autor italiano también resulta un tanto imprecisa la adhesión a un régimen corporativo. Hay voces católicas que lo interpretan como superación necesaria de la democracia "partidista" y "electoralista", persiguiendo el objetivo de una democracia "orgánica" o "funcional" sustentada en representaciones según las profesiones. Otras opiniones parecen limitarlo al reconocimiento y promoción de la familia, de las asociaciones gremiales y de la iglesia, sin que ello suponga una reforma drástica de la Constitución y específicamente de la representación parlamentaria. En todo caso, se comparte la valoración de un mayor protagonismo de las asociaciones intermedias entre el individuo y el estado.

Por sobre los matices y alcances diferentes se construye lo que Zanatta denomina el *"mito de la nación católica"*[46], entendido como un paradigma ideológico que no supone una correspondencia necesaria con la realidad argentina, en la que es preciso reconocer una sociedad heterogénea, cuya pluralidad es resultante del modelo liberal y del impacto de la inmigración foránea.

---

[43] Cfr. Mallimaci, F. Ob. cit.
[44] Mallimaci, F. *Nacionalismo católico y cultura laica en Argentina;* en Blancarte, R. (coord.) *Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo,* México, El Colegio de México, 2008.
[45] Di Stefano, R. y Zanatta, L. *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX,* Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2000, p.420 (etapa correspondiente al siglo XX a cargo de L. Zanatta).
[46] Cfr. Zanatta, L. *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946,* Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

En cambio, dicho mito parece mostrar su eficacia en la “cristianización” de las fuerzas armadas, difundiendo su rol como “reserva moral” o “guardián” de la nación católica. Algo que para una parte de la oficialidad resultará motivador en el golpe de 1943, articulando eficazmente el pensamiento eclesial con el nacionalismo, como lo refleja la política seguida en el plano educativo. Una relación que se prolongará durante el ascenso del candidato Juan D. Perón, a quien el episcopado, ante la coyuntura electoral de 1946, apoya en forma implícita instando a los fieles a no votar los planteos laicistas de la Unión Democrática.

Finalmente, aunque sin dudas intervienen otros factores de la compleja trama histórica, sería posible rastrear la persistencia del mito de la “nación católica” en protagonistas de posteriores dictaduras militares, como Juan C. Onganía en 1966 y Jorge R. Videla en 1976, erigidos discursivamente en defensores de un “occidente cristiano” amenazado por el embate marxista.

## 10- Entre la elite y el pueblo

¿Qué caminos toma el nacionalismo tras el naufragio de la experiencia encabezada por Uriburu?. Múltiples y sinuosos serán los caminos ideológicos seguidos por la generación de intelectuales nacionalistas: E. Palacio oscila entre la influencia maurrasiana y el catolicismo, acercándose al nacionalismo popular posteriormente. J. Carulla se vuelca hacia el fascismo mussoliniano. R. Irazusta conspira contra Yrigoyen pero luego se arrepiente, vinculándose con Scalabrini Ortiz y los radicales de F.O.R.J.A.. Julio Irazusta, más influenciado por tradicionalistas anglosajones como E. Burke que por el francés Maurras, será crítico del fascismo y terminará aproximándose al radicalismo de línea popular, como su hermano Rodolfo.

Significativo es el tránsito de Lugones: primero desde el conservadorismo criollista, luego proclamando su adhesión al fascismo y finalmente protagonizando una todavía cuestionada conversión al catolicismo. A través de algunos artículos terminará aportando su voz, ya sin tanta resonancia, al imaginario nacionalista católico, en un momento en que la conjunción de la “espada” y la “cruz” cobra realidad política de la mano del triunfo franquista.

Más allá del derrotero seguido por estos nombres parece consolidarse gradualmente una renovación. Si bien algunas voces mostraron continuidad en sus fundamentos antiliberales, tradicionalistas y elitistas, otras plantearon la necesidad de repensar la cuestión económica y la vinculación con los trabajadores, en un contexto de consolidación europea de los nacionalismos totalitarios. Simultáneamente, desde un nacionalismo más

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

“criollo”, de cuño yrigoyenista, se sumaron nuevos actores al debate, con una perspectiva incluyente de la dimensión popular de la nación[47].

Entre los aportes de una u otra línea se desarrollaron básicamente tres cuestiones interrelacionadas que redefinieron el ideario: a) la crítica anti-imperialista o anticolonial (sustentada en la denuncia de la dependencia o subordinación económica al capital extranjero), b) la aspiración a una mayor autonomía económica sobre la base del desarrollo industrial (que procura ser la alternativa superadora de la dependencia señalada), c) la crítica de la injusticia social (vista como una consecuencia de las políticas conservadoras y del desarrollo nacional frustrado o subordinado).

Aunque estos planteos pueden rastrearse en las décadas anteriores, es en los años treinta donde cobran significación como un escenario ideológico que preanuncia la nueva irrupción militar de 1943 y anticipa las ideas desarrolladas en el peronismo posterior. Veamos una breve caracterización.

### a) La crítica anti-imperialista

Las críticas hacia el colonialismo anglosajón pueden encontrarse tempranamente en la solidaridad pro-hispana de los intelectuales latinoamericanos tras el “desastre del 98”, incluso rastrearse en la posición internacional del yrigoyenismo rechazando el intervencionismo norteamericano en el área centroamericana. Pero es con la crisis del modelo agroexportador cuando se asumen claramente los cuestionamientos anti-imperialistas, ante una coyuntura histórica que desnuda la extrema dependencia de la Argentina respecto del mercado exterior. La Conferencia de Ottawa, en la cual el gobierno de Londres prioriza comercialmente a la Comunidad Británica de Naciones, a lo que sigue el polémico tratado anglo-argentino de 1933 (el Pacto “Roca-Runciman”), son evidencias tanto de dicha dependencia económica como de la subordinación política de los dirigentes argentinos respecto de la potencia industrial.

Un reducido núcleo político de tendencia yrigoyenista constituido en 1935, la Fuerza Orientación Radical para la Joven Argentina (F.O.R.J.A.), integrada por intransigentes opuestos a la alianza entre el antipersonalismo alvearista y los conservadores, sostiene desde su documento constitutivo una clara posición anti-imperialista. Denuncian lo que consideran rasgos de un país “colonial”, en el que las oligarquías son rotuladas como *“agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural”*[48]. Defienden la necesidad de recuperar la expresión de la soberanía popular como vía para completar la obra reparadora iniciada por Yrigoyen.

---

[47] M. I. Barbero y F. Devoto, en su obra ya citada, se refirieron a esta corriente llamándolo el “otro nacionalismo”, subrayando implícitamente que se trata de una línea no siempre identificaba como nacionalismo.

[48] Cfr. Jauretche, A. *FORJA y la década infame.* Buenos Aires, Peña Lillo, 1984.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

En su crítica al imperialismo y en su mirada latinoamericanista pueden encontrarse rasgos propios del análisis económico marxista respecto de la evolución del capitalismo, así como algunas ideas anticipadas en la experiencia del reformismo universitario de 1918. M. Ortiz Pereyra, Arturo Jauretche, Félix García y Homero Manzi se destacan como fundadores.

El caso de Ortiz Pereyra resulta interesante por su anticipación en la crítica anti-imperialista desde la segunda mitad de la década del veinte. Sus casi desconocidas obras *"La tercera emancipación"*(1926) *y "Por nuestra redención cultural y económica"*(1928) son originales por la denuncia de la subordinación de la nación. En ellas refiere a la existencia de una "factoría elegante"[49] en la que los productores rurales medianos y pequeños se ven perjudicados por los monopolios de capital extranjero, dominantes en el acopio, el transporte y la comercialización. Por otra parte, su reivindicación de una política "criolla", no transplantada y enraizada en lo popular, constituyen un aporte que influirá especialmente en las obras posteriores de A. Jauretche, dedicadas a la denuncia de la dependencia cultural.

Después de 1930 resulta trascendente la influencia de R. Scalabrini Ortiz, no integrante del grupo radical pero inspirador de muchas de sus ideas. Un hombre proveniente de familia conservadora, atraído en su juventud por el socialismo, que desarrolla ideas económicas y las difunde desde los *"Cuadernos"* de F.O.R.J.A. Numerosos artículos serán la base de sus obras mas importantes: *"Política británica en el Río de la Plata"* (1936) e *"Historia de los Ferrocarriles Argentinos"* (1940). El predominio monopólico de los ferrocarriles, los frigoríficos y otras empresas de servicios de capital británico, así como el control ejercido sobre el sistema financiero y sobre la política económica en general, serán el objeto principal de su crítica, apelando tanto a la mirada sobre el presente como al registro histórico de la vinculación con la potencia.

También se aprecia el giro anti-imperialista en los nacionalistas de base tradicionalista y elitista. J. y R. Irazusta publican *"La Argentina y el imperialismo británico"*(1934), cuestionando la relación de virtual colonialismo que subordina a la nación respecto de Inglaterra, desarrollando un análisis que encuentra, en la experiencia rivadaviana y en el tratado comercial de 1826, el primer eslabón de una cadena de *"entrega"* del patrimonio nacional al capital extranjero; un proceso que culminaría un siglo después con el *"pacto de las carnes"*. El texto es considerado el relato fundador del llamado "revisionismo histórico", corriente que, a través de la producción historiográfica, contribuye al ideario nacionalista, ya sea desde una mirada secular como desde la perspectiva católica.

Cabe destacar en esta mirada del pasado la relevancia otorgada a la figura de Juan M. de Rosas, rescatada por su sostenimiento del orden social, la defensa de las tradiciones y su firmeza ante las exigencias comerciales foráneas. Por cierto que se trata de una

[49] Barbero, M. I. y Devoto, F. Ob. cit.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

personalidad antes visitada (y valorada en algunos de sus aspectos) por liberales como Saldías o positivistas como Ramos Mejía, pero en manos de la historiografía nacionalista el estanciero bonaerense se convierte en paradigma de un nuevo procerato antiliberal, contraponiéndolo a figuras comos las de Rivadavia o Sarmiento, cuestionados como gobernantes subordinados a los intereses foráneos o antinacionales.

O. Terán efectúa una distinción crítica respecto de esta producción intelectual, considerando a los Irazusta en su texto fundador como intelectuales que no logran desprenderse de las herencias conservadoras. Cuestionan a la oligarquía por anteponer sus intereses sectoriales y desconocer la soberanía nacional, en una postura crítica del cosmopolitismo y mercantilismo que recuerda los valores de la aristocracia criolla tradicionalista, principios desde los cuales acusan a miembros de su clase de olvidarse de la nación. Concluye Terán: *"Estamos entonces ante una reflexión sobre una elite desde otra elite… no hay ningún reclamo a las masas ni ningún reclamo de reconocimiento del pueblo en tanto sujeto activo, como sí lo habrá en el nacionalismo populista de Arturo Jauretche"*[50]

Estas observaciones no pueden hacerse extensivas a todas las producciones historiográficas de la corriente, la que mostrará gradualmente aportes valorativos de lo popular, aunque afectados con frecuencia por una perspectiva paternalista expectante de caudillos conductores del "pueblo".

Un revisionismo que terminará por incorporar al imaginario social buena parte de su versión del pasado, en lo que mucho tendrán que ver la difundidas historias nacionales de J. M. Rosa y de E. Palacio, las biografías noveladas de M. Gálvez, las revelaciones sobre los ferrocarriles de R. Scalabrini Ortiz y la críticas culturales volcadas en lenguaje popular de A. Jauretche. Repercusión fundada en la "revelación" de todo aquello que, en sus términos, había sido "ocultado" por el relato liberal o por la "historia oficial" de las academias.

El revisionismo no aportó renovación metodológica, pese a ser considerado por sus adherentes como una corriente novedosa, ni se preocupó por reconocer la complejidad de los procesos históricos en la mayor parte de su producción. Sin embargo, esto quedó subordinado a la lógica de un impacto político procurado con el objetivo de cuestionar el orden neoconservador. Un período que J. L. Torres estigmatizará como *"la década infame"*, rótulo de notable vigencia a lo largo de los años, en ámbitos políticos, periodísticos e incluso escolares.

### b) En busca de la emancipación económica

[50] Terán, O. *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1890.* Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008, p.237.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

La difusión de lo que podríamos llamar un “nacionalismo económico” se genera como consecuencia y complemento lógico de la denuncia respecto del colonialismo. Se trata de formular alternativas superadoras del modelo primario-exportador de la nación liberal, sosteniendo que el estado nacional debía impulsar y proteger la producción de todo aquello que posibilitara emanciparse de la importación masiva de manufacturas industriales.

Por cierto que la necesidad de un desarrollo nacional en el campo de la manufactura industrial no era novedoso en la Argentina. Baste recordar la fundación del Club Industrial Argentino en 1975, base de la posterior Unión Industrial; instituciones creadas para promover apoyo crediticio y una política aduanera proteccionista frente a la irrupción de las manufacturas extranjeras. Opiniones favorables al desarrollo manufacturero pueden encontrarse en nombres como J. Hernández, V. F. López, C. Pellegrini o M. Cané, aunque sin conformar un movimiento capaz de modificar las pautas aperturistas de la economía nacional.

El impacto de la Primera Guerra Mundial y de la gran depresión económica de 1929-30, sumado a la influencia de teorías económicas diferenciadas del liberalismo ortodoxo, como la escuela historicista de Friedrich List o los principios keynesianos “neoliberales”, gestarán un pensamiento favorable a la industrialización nacional, no ya como un complemento para el consumo interno en determinados rubros, como el alimenticio, los elementos del hogar o las herramientas simples, sino también pensado como un desarrollo estratégico necesario para mejorar la capacidad militar del país, así como para la superación de la cuestionada dependencia económica del imperio británico.

Hay matices similares en voces de distinto signo ideológico: el propio Federico Pinedo, el ministro de Hacienda del conservador gobierno de Justo, tan cuestionado por la aceptación de la “sujeción colonial” con Inglaterra, reconoce la necesidad de cierto desarrollo industrial sustitutivo de importaciones, como vía complementaria de la alicaída producción rural y como posibilidad para generar empleos. De modo similar, los hermanos Irazusta, en su célebre texto fundador del revisionismo, también se muestran partidarios del estímulo industrial aunque sin cuestionar la base agroexportadora. Mas radicalizada es la postura de Lugones, partidario también de un desarrollo industrial propio apoyado por una política estatal proteccionista, pero insertando su planteo en un proyecto corporativo de inspiración fascista capaz de integrar patrones y obreros en torno al objetivo productivista.

Estas opiniones no llegan a constituir una formulación muy desarrollada, como en cambio puede verse en el pensamiento del nacionalista católico Alejandro Bunge, para quien el industrialismo no tiene un carácter de solución coyuntural “anticrisis”, sino un sentido de proyecto emancipador de cara al futuro.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Bunge se integra en cargos estatales durante los gobiernos radicales, procurando conciliar instituciones liberales con nacionalismo económico. Luego se cuenta entre los críticos del Pacto Roca-Runciman, volcándose a posiciones claramente nacionalistas. En sus obras *"La Economía Argentina"* (1928) y *"La Nueva Argentina"* (1940) se muestra defensor de las políticas proteccionistas, del desarrollo manufacturero apoyado en el consumo interno e incluso de la exportación de tales frutos industriales. Vinculado a la Unión Industrial, propicia la necesidad de una burguesía industrial nacional como base para un país moderno.

También hay iniciativas del nuevo planteo productivista vinculadas a las fuerzas armadas. Entre los militares, la influencia germana y la difusión gradual del nacionalismo confluyen en torno a estas ideas, así como la necesidad evidenciada por el conflicto mundial de contar con recursos energéticos y asegurar la provisión de armamentos. Por ello no resulta extraño que los gobiernos radicales apoyen al general Enrique Mosconi como encargado de reorganizar la explotación petrolera, poniendo límites a productores extranjeros e impulsando el rol estatal; una política institucionalizada con la creación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales[51].

Si bien Mosconi no puede considerarse dentro de los ideólogos de una corriente, su dominio técnico de un campo de la producción le permite profundizar sus planteos y aproximarse a una posición reivindicada desde el nacionalismo económico. Barbero y Devoto[52] destacan su perspectiva industrialista y su defensa del capital nacional (estatal o privado) frente al avance de las compañías extranjeras, anticipando en buena medida los planteos de grupos nacionalistas como FORJA.

La instalación de la pionera Fábrica Militar de Aviones en Córdoba y los proyectos del general Manuel Savio, artífice de la Dirección General de Fabricaciones Militares e impulsor de la construcción de acero en el país, expresarán la continuidad del rol militar-productivista en los años siguientes.

### c) ¿Hacia un nacionalismo popular?

La otra característica gradualmente incorporada a los planteos del nacionalismo es la preocupación por la problemática social, no ya en el sentido del tradicionalismo autoritario, que vinculaba directamente al obrero con inmigración no deseada e ideologías foráneas, sino pensando en la necesidad de incorporar a las masas trabajadoras al proyecto nacionalista para su fortalecimiento político.

---

[51] Referencias a Mosconi el industrialismo en las FFAA pueden encontrarse en: Potash, R. *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945. De Yrigoyen a Perón* (tomo I, cap. I). Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
[52] Ob. Cit., p.129.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

Cabe recordar los esfuerzos del reformismo liberal desde fines del siglo XIX, las no escuchadas iniciativas socialistas y las prédicas caritativas católicas, en cuanto a la necesidad de atender la cuestión social. En esta tradición se inscriben los proyectos frustrados de leyes laborales, iniciativas conservadoras como la creación del Museo Social Argentino (1910) para estudiar la problemática; o bien, la creación de los Círculos Católicos de Obreros y la Liga Social Argentina, ámbitos de promoción de mutualismo y de intentos de constitución de gremios católicos.

Pero la intención que animaba a la mayor parte de estas iniciativas estaba principalmente vinculada a una perspectiva elitista paternalista y al deseo de alejar a los obreros de las ideologías revolucionarias. Gradualmente serán reemplazadas por propuestas más estructuradas como el corporativismo, una concepción que compartirán nacionalistas católicos (por la doctrina social de la iglesia) y seculares (por los proyectos del fascismo).

En un contexto mayor, es posible observar que las tendencias nacionalistas en Europa ya mostraban desde los años veinte la necesidad de aproximar los intereses de la burguesía y los reclamos de las masas proletarias, bajo un proyecto de nación superador del esquema de confrontación de clases. En el maurrasianismo ya aparece este interés, mientras que en el fascismo italiano y el nazismo alemán, enlazando las anteriores propuestas del socialismo respecto de los trabajadores, con el objetivo primordial de fortalecer la unidad nacional frente a los enemigos internos y externos, se expresa la culminación ideológica de esta pretensión integracionista.

En el catolicismo puede encontrarse una tradición doctrinaria respecto de lo social, particularmente desde la mencionada Encíclica *Rerum Novarum* (1891), promulgada por Papa León XIII. Es la visión de una sociedad concebida desde la tradición aristotélica-tomista en forma “orgánica”, con vistas a superar los males del individualismo y la lucha de clases. Diagnóstico frente al que se propone al estado como mediador ante los conflictos, el principio de subsidiariedad para complementar la iniciativa privada y el corporativismo como forma de organización social. En este camino, la Encíclica *Quadragesimo Anno* (1931), del Papa Pío XI, profundiza el interés por las corporaciones como formas de representación social, donde el capital y el trabajo encontrarían caminos de acuerdo y colaboración (un sentido que remite a los gremios medievales y a la idea de comunidad cristiana).

Quizás sea el *“Estado Novo”*, bajo la dictadura de Oliveira Salazar en Portugal, el que mas claramente reflejó el modelo corporativo de signo católico en los años treinta, al plantearse la reunión de trabajadores y patrones por profesiones, en corporaciones mixtas o interclasistas, con representación en una Cámara consultiva y bajo el control autoritario desde el estado.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

En Argentina, los integrantes de F.O.R.J.A. interpretaron que los planteos anti-imperialistas debían ir acompañados por una mejora en la situación social, aunque esto último resultaba un tanto impreciso en las propuestas y no se apartaba de las tradiciones del reformismo liberal o la doctrina cristiana mencionadas. Pero en virtud de su herencia política yrigoyenista, este círculo de intelectuales aporta la vinculación entre la noción de soberanía nacional y la de soberanía popular; vale decir, el sostener que el proyecto de un nacionalismo integral –en lo político, económico y cultural- debe asentarse en el fundamento democrático o contar con el apoyo popular para ser llevado a cabo. La adhesión de varios de los miembros del grupo al golpe militar de 1943 y al peronismo desde 1946, se inscribe en esta expectativa.

La posición ha recibido críticas posteriores. En un tiempo signado por las nuevas teorías de la dependencia y los planteos de una autodenominada "izquierda nacional", J. J. Hernández Arregui evaluó la experiencia de F.O.R.J.A. destacando su contribución a una mayor conciencia sobre las problemáticas de la dependencia neocolonial, pero advirtiendo sobre una limitación fundada en el prejuicio de clase: *"…confiaban más en la juventud de la clase media que en las masas trabajadoras. No veían al proletariado, al que diluían en el concepto genérico de pueblo"*[53]. De modo similar, R. Puiggrós consideró que esta experiencia nacionalista no llegó a coincidir con la clase obrera ni a considerarla eje para una acción política emancipadora, pero que resulta importante para demostrar las *"reservas críticas anti-imperialistas"* en una parte de la burguesía o pequeña burguesía nacional (la que en su perspectiva debía sumarse el movimiento nacional).[54]

El planteo más reciente de A. Spektorowski[55] muestra una posición de mayor valoración de las experiencias nacionalistas, en cuanto a la trascendencia de sus efectos ideológicos posteriores sobre la vida política argentina. El autor reconoce la configuración inicial del *"nacionalismo integral",* con sentido antimoderno, antiliberal y desconfiado del ascenso de las masas. Pero advierte que esta misma corriente, sin abandonar su sesgo elitista, comienza a incorporar planteos modernos como la crítica al imperialismo británico y a la burguesía antinacional. Por otra parte, desarrollado principalmente por los yrigoyenistas de F.O.R.J.A., surge aquello que denomina *"nacionalismo populista"*, influenciado por aspectos de la derecha europea, tradicionalista y antiliberal, pero diferenciado en cuanto al sentido puesto en un nuevo tipo de desarrollo económico e integración social.

---

[53] Hernández Arregui, J.J. *La Formación de la conciencia nacional,* Buenos Aires, Hachette, 1960, p.316.

[54] Citado por: Ciria, A. *Partidos y poder en la Argentina Moderna. 1930-1946.* Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p..196.

[55] Spektorowski, A. *Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera.* EIAL. Estudios Interdisciplinarios de América Latina y del Caribe, II 1; disponible en: http://www.tau.ac.il/eial/II_1/spektorowski.htm (consulta: 20 enero 2012) . El autor retoma su tesis desarrollada originalmente en: *The Origins of Argentina`s Revolution of the Right*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2003.

Ambas corrientes se aproximan durante la década del treinta, en que la ruptura del modelo de mercado y las tensiones sociales profundizan la crítica anti-imperialista. En el nacionalismo integral termina por asumirse que el problema de la producción y la clase obrera debe ser incorporado en el proyecto del estado y la sociedad nacionalista. En opinión de Spektorowski es M. Gálvez quien mejor comprende la necesidad de enlazar las dos corrientes, superando el divorcio entre el fascismo de elite y la experiencia popular yrigoyenista. Posteriormente, grupos como la Alianza Nacionalista y otros movimientos similares, constituidos a fines de la década y comienzos de la siguiente, incorporan aspectos populistas del fascismo.

La integración de ambas corrientes configura una *"nueva derecha"* que, desde esta tesis, es considerada la nutriente ideológica del peronismo, constituido como un nuevo movimiento político de base popular que modificará drásticamente el desarrollo político, económico y social del país, traduciendo las ideas nacionalistas en consignas políticas tales como "independencia económica" o "justicia social".

**Algunas conclusiones**

En el período abordado es posible reconocer la crisis del paradigma liberal y la aparición de voces preocupadas por las tendencias disolventes que amenazan la nación –entendida como una categoría en la que se vinculan valores, instituciones, un orden social y relatos fundantes-.

Frente a esta percepción de crisis, encontrando su culminación en el Centenario, se desarrolla entre los intelectuales un **nacionalismo tradicionalista** que exalta aquellos aspectos de la identidad nacional que han sido menospreciados anteriormente, como lo hispano y lo criollo, aunque aún procura integrarlos dentro de los fundamentos del modelo liberal.

La Primera Guerra Mundial, el ascenso democrático, el agravamiento de la cuestión social y la crisis del modelo agroexportador en 1930, acentúan en las elites y en sectores de clase media la pérdida de legitimidad de la nación liberal, radicalizan las posiciones en "defensa" de la nacionalidad y disparan la búsqueda de alternativas. Bajo influencias maurrasianas, católicas integristas y fascistas, se desarrolla un **nacionalismo autoritario, antiliberal y antimoderno**, que aspira a la restauración de una república patricia o conducida por una elite capaz de restablecer el orden perdido.

Tanto en la primera como en la segunda fase planteadas, se concibe a la nación como un **refugio moral y espiritual** frente al cosmopolitismo materialista heredado de la inmigración masiva, articulado ello con la idea de nación considerada como un **orden político-social** desafiado por el plebeyismo democrático y la conflictividad del proletariado revolucionario. Una línea de continuidad tradicionalista o conservadora que atraviesa

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

incluso aquellas expresiones autoproclamadas antiliberales, sumiéndolas en cierta ambigüedad.

Lo dicho guarda relación con la posición de F. Devoto, que ha guiado buena parte de esta síntesis, al plantear que la evolución seguida por los nacionalismos es preciso comprenderla desde el peso inicial que tuvo el relato fundador del liberalismo, en su condición de ser el primero en destacar la singularidad nacional y en avanzar en su institucionalización –desde los planteos de Echeverría, Sarmiento y Alberdi, hasta la unificación y la narración histórica de Mitre-.

En lo que hemos considerado una nueva fase, a lo largo de la década del treinta, se evidencian rasgos de un nacionalismo con mayor grado de **ruptura** respecto de la tradición liberal, en el que subyacen aspectos tradicionalistas pero donde gradualmente se desarrollan planteos **antiimperialistas, productivistas y populistas**, asumiendo o reconociendo los cambios que se han producido en la sociedad, y que el subsistente orden conservador no ha podido resolver.

Llegados a este punto, el aporte de A. Spektorowski, aunque no es novedoso en el reconocimiento de las diversas expresiones ideológicas, resulta de interés por su planteo de un nacionalismo de síntesis que heredará el peronismo. Ideario que es fruto de la interacción entre una corriente aún elitista (filofascista, católica integrista) y otra expectante por lo popular (heredera de la experiencia yrigoyenista); ambas desde el sustrato común de una perspectiva antiliberal y autoritaria.

Un lugar particular hemos optado por asignar al catolicismo y su rol en el desarrollo de ideas sobre la nación, considerando que atraviesa todo el período con su influencia, tanto en el mundo liberal conservador como en las expresiones del nacionalismo autoritario. En la visión de F. Finchelstein predomina un fascismo singular bajo la influencia del catolicismo, que modera los aspectos totalitarios de la versión europea y configura un "fascismo cristianizado". Gravitación que alimenta un imaginario de nación católica reconocido por autores como F. Mallinaci y L. Zanatta, aunque reconociendo, en el último mencionado, la existencia de una sociedad plural que no puede interpretarse desde la homogeneidad religiosa.

En definitiva, parece haber cierto hilo conductor en los autores en reconocer que los movimientos nacionalistas en Argentina adquirieron un **carácter singular** diferenciado de los modelos europeos, en el sentido de no consistir en un simple transplante. Esto ocurre al ser moderados por la influencia del persistente **horizonte liberal** (Devoto), por el peso del **restaurado catolicismo** (Finchelstein); o bien, plasmando **novedosas síntesis** (Spektorowski).

En forma más general, se advierte un problema no suficientemente abordado por los autores revisados, y que entendemos subyace en sus enfoques: la tensión entre **nación y modernidad.**

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

La construcción de la nación argentina supuso su incorporación al modelo de modernización, edificando un estado republicano y un mercado nacional insertado en el capitalismo industrial; estructuras complementadas con la apertura a la inmigración y la entronización del positivismo como paradigma científico-filosófico. Por todo ello, **constituirse en nación** significó al mismo tiempo **modernizarse.**

La crisis de legitimidad del liberalismo no terminó totalmente con la vinculación nación-modernidad, pero derivó en el planteo de nacionalismos tradicionalistas que se tornaron, en muchos de sus rasgos, antimodernos. El rescate tradicionalista del pasado, la crítica al cosmopolitismo y mercantilismo, la visión de la cristiandad del catolicismo integrista, la concepción aristocrática y el corporativismo podrían verse como rasgos en tal sentido.

Esta mirada, vuelta hacia el pasado antes que hacia el futuro, gradualmente se modifica con el desarrollo de un ideario cuya modernidad residiría en la toma de conciencia de la dependencia económica, la aspiración a la industrialización y la necesidad de reconocer a las masas como parte de la nación, diferenciándose de los herederos del patriciado rural desconfiados del cosmopolitismo y lo popular.

Sin embargo, esto puede resultar un esquema simplista, ya que podríamos preguntarnos si la persistencia de esta tensión entre nación y modernidad, entre el rechazo y la aceptación, no es la resultante de una **modernización desequilibrada o incompleta** producto del modelo liberal conservador.

Obviamente, la respuesta excede las posibilidades de este análisis y requiere de una revisión de las diferentes teorías que han abordado la temática de la modernización, pero resulta válida para pensar en cuestiones tales como el protagonismo de intelectuales tradicionalistas provenientes del interior, en el real alcance del laicismo sobre la sociedad o en la singularidad ideológica de expresiones políticas como el yrigoyenismo, el neoconservadorismo del treinta y el peronismo.

Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto, Universidad Nacional de Quilmes

**Bibliografía consultada**

-Altamirano, C. y Sarlo, B. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia.* Buenos Aires, Espasa Calpe / Ariel, 1º ed., 1997.

----------. *Literatura y Sociedad.* Buenos Aires, Edicial, 2º ed., 1993.

-Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1º ed. español, 2000.

-Baechler, Jean. *La universalidad de la Nación;* en: Gauchet, M., Manent, P. y Rosanvallon, P. (dir.) *Nación y Modernidad,* Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1997.

-Barbero, M. y Devoto, F. *Los nacionalistas.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

-Barbé, Carlos. *Conflictos de identidad y supervivencia de los estados nacionales Italia, España, Francia y Argentina.* La Plata, Instituto de Relaciones Internacionales, UNLP, 2000.

-Beyhaut, G. y H. *América Latina III: De la independencia a la segunda guerra mundial,* Historia Universal Siglo Veintiuno, Vol. 23, México, Siglo XXI, 1ª ed. español, 1986.

-Botana, Natalio. *El orden conservador.* Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

-Ciria, Alberto. *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946).* Buenos Aires, Hyspamerica, 1986.

-Chami, Pablo. *Nación, identidad e independencia. En mitre, Levene y Chiaramonte,* Buenos Aires, Prometeo, 2008.

-Devoto, Fernando. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia.* Buenos Aires, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Edit. Iberoamericana, 1º reimpr., 2006.

----------. *Acerca de un intelectual extremo y sus fracasos. El caso de Leopoldo Lugones político.* En Estudios Sociales, Nº34, pps.11-28, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2008.

-Di Stefano, R. y Zanatta, L. *Historia de la iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX,* Buenos Aires, Mondadori, 2000.

-Finchelstein, Federico. *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1º ed. español, 2010.

-Floria, Carlos. *Pasiones nacionalistas.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.

-Franklin Pease, G. Y. *Breve historia contemporánea del Perú.* México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

-Gálvez, Manuel. *Vida de Hipólito Yrigoyen. El hombre del misterio*. Buenos Aires, Ed. Tor, 1959.

-Ghio, José M. *La iglesia católica en la política argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

-González Calleja, E. *El hispanismo autoritario español y el movimiento nacionalista argentino: balance de medio siglo de relaciones políticas e intelectuales (1898-1946).* En Hispania. Revista Española de Historia, 2007, vol. LXVII, número 226, mayo-agosto, pags. 599-642.

-Guerra, Francois-Xavier. *La Nación en América Hispánica. El problema de los orígenes*; en: Gauchet, M., Manent, P. y Rosanvallon, P. (Dir.). *Nación y Modernidad.* Buenos Aires, Nueva Visión, 1997.

-Halperin Donghi, Tulio. *La Argentina y la tormenta del Mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945,* 1ªed / 1ºreimp., Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2004.

----------. *El revisionismo histórico argentino,* Buenos Aires, FCE, 1972.

----------. *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, C.E.A.L., 1982.

----------. *Historia Contemporánea de América Latina.* Bogotá, Círculo de Lectores, 1981.

-Hernández Arregui, J. J. *La Formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Hachette, 1960, p.316.

-Jauretche, Arturo. *FORJA y la década infame.* Buenos Aires, Peña Lillo, 1984.

-Larrain, Jorge. *Identidad chilena*. Santiago de Chile, Ed. Lom, 2001.

-Lojo, María Rosa. *La condición humana en la obra de Ricardo Rojas*; disponible: http:/www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/argentina/rojas.html (consulta en diciembre de 2010).

-Mallimaci, Fortunato.. *Catolicismo y Militarismo en Argentina (1930-83). De la Argentina liberal a la Argentina católica*, Revista de Ciencias Sociales, Nº4, agosto 1996, Universidad Nacional de Quilmes, p.181 a 218.

----------. *Nacionalismo católico y cultura laica en Argentina*; en: Blancarte, R. (coord.) *Los retos de la laicidad y la secularización en el mundo contemporáneo*, México, El Colegio de México, 2008.

-Martínez Estrada, Ezequiel. Radiografía de la Pampa, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

-Oszlak, Oscar*. La formación del estado argentino*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

-Picó, Joseph. *Cultura y Modernidad. Seducciones y desengaños de la cultura moderna,* Madrid, Alianza Editorial, 1999.

-Potash, Robert. *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945. De Yrigoyen a Perón* (tomo I, cap. I). Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

-Smith, Anthony. *La identidad nacional*, Madrid, Trama, 1997.

-Spektorowski, Alberto. *Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera*; disponible: http://www.tau.ac.il/eial/II_1/spektorowski.htm (consulta: 20 de enero de 2012)

-Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica".* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1ra. ed., 2000.

----------. *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2009.

-Torchia Estrada, J. C. *La filosofía del siglo XX*, Buenos Aires, Atlántida, 1955.

-Zanatta, Loris. *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946.* Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1999.

-Zimmermann, Eduardo. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina. 1890-1916.* Buenos Aires, Ed. Sudamericana / Universidad de San Andrés, 1995.

**Para citar este documento**

Andino, Mario Daniel (2015). La cuestión nacional en tiempos de cambio. Continuidades y rupturas en un debate complejo (1890-1943) (Trabajo final integrador). Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina: Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto. Disponible en: http://ridaa.demo.unq.edu.ar